

668

"CARTA A MIS
CAMARADAS"

Emma Palto - 1968

www.archivopatricioaylwin.cl

Camaradas:

Esta comunicación que me permito dirigirles, ha tenido su origen en una petición que me han formulado los dirigentes del Partido que participan en mi campaña electoral para mi reelección como Senador por las provincias de Ñuble, Concepción y Arauco. Ellos desean ver claramente expuesto mi pensamiento político en un texto que permita abrir el debate durante la presente campaña. Nada es más grato para mí que decir lo que pienso, toda vez que estimo que siempre he sido definido, que jamás he pretendido llamar a engaño para que confíen en mí por lo que creen que represento, en circunstancias de que los móviles de mi lucha política pudieran ser diversos. Por el contrario. Deseo que los que me acompañen sepan a qué atenerse y que cooperen conmigo realmente por lo que soy y por lo que tendrá que ser el afán de mi acción como político que pretende que su trabajo guarde consonancia con lo que piensa.

*No basta definirse solamente como
democratacristiano*

1964 no es 1968 en la vida política de Chile, lo que podremos analizar desde diversos aspectos. Uno de éstos dice relación a nuestra propia vida partidaria. Durante la campaña electoral, parecía suficiente identificarse como democratacristiano y el pueblo en general sabía que éramos una fuerza democrática y popular que pretendía cambios profundos en la vida política de Chile.

Se sabía que aspirábamos sustituir el régimen capitalista por una sociedad comunitaria, que debía guiar y ser guiada por el pueblo para asegurar su plena participación en todas las decisiones que le atañen. Se sabía que deseábamos impulsar simultáneamente el desarrollo econó-

mico y el desarrollo social, como única fórmula lógica de enfrentar los requerimientos presentes y futuros de potencial económico, al mismo tiempo que salíamos al encuentro de los anhelos del hombre de poder llevar una vida más digna de su condición de tal. Se sabía que éramos un movimiento democrático, que rechazaba los totalitarismos o regímenes oligárquicos que preconizan como centro fundamental de su acción el Estado, la Clase o la Raza; que por encima de estos valores poníamos a la persona humana; que afirmábamos que las libertades formales de opinión, asociación religiosa y otras, no eran ni burguesas ni proletarias, sino propias del ser humano. Se sabía que pretendíamos introducir profundas reformas en la vida política de Chile para asegurar la participación del pueblo en las decisiones; que realizaríamos la reforma agraria y que en nuestro programa figuraba también para etapas futuras la transformación de la empresa privada, sin que perdiera su carácter de tal; que en los campos educacional, habitacional, de salud y otros haríamos esfuerzos de consideración, y que impulsaríamos la actividad económica de la nación para asegurar el empleo de las grandes masas ciudadanas.

Un programa de esta índole nos diferenciaba substancialmente de las otras fuerzas políticas en lucha. Nos distanciaba, evidentemente, de los grupos tradicionales que resistían el cambio profundo y rápido y no nos identificaba con aquéllos que preconizan regímenes políticos que se basan en la dictadura, que no pierden su carácter de tal aunque sea denominada "del proletariado", que buscan la estatización de todos los medios de producción, y que ponen al Estado por encima de los derechos irrenunciables de la persona humana, si pretendemos que ella viva una dimensión superior.

Eramos democratacristianos. Eso bastaba, era suficiente, y en ellos confiaron un millón y medio de chilenos; unos, por

convicción y voluntad fervorosa a la doctrina, otros, por adhesión al hombre que encarnaba esta representación, y otros, por temor a males mayores.

Las corrientes en el Partido

No obstante, en 1968 no estamos dando esta visión externa unitaria que tanto ayudó a nuestro éxito. Y no es que los de hoy no seamos los mismos. Somos los mismos de entonces. Pero en estos cuatro años de Gobierno, nuestra actitud frente a tareas concretas nos ha creado posiciones ideológicas en que se advierten matices distintos, todo lo cual ha configurado, hacia el exterior y en la vida interna del partido, corrientes de opinión y de acción diversas, propias por lo demás de un partido grande, que tiene sobre sus espaldas la pesada tarea de gobernar.

La prensa ha creído visualizar tres corrientes distintas dentro del partido; los rebeldes, los terceristas y los llamados oficialistas; y aun cuando la gran masa del Partido sigue siendo democratacristiana a secas, a los dirigentes, lo quieran o no, se los encasilla y se los estudia con afán casi anatómico, con el fin sano o torcido de poder vislumbrar con mayor claridad sus propósitos.

No es mi deseo entrar a perfilar con exactitud en qué consisten las diferencias substanciales entre estas tres corrientes que se visualizan desde lejos. Al hacerlo podríamos caer en más de una apreciación injusta. Por lo demás, estoy cierto de que son muchos más los rasgos que nos unen que aquellos que nos distancian. Hoy como ayer, los principios fundamentales que nos agrupan son los mismos a pesar de las desviaciones ideológicas que avistamos en diversas declaraciones de dirigentes y de organismos de base del partido.

Nuestras diferencias substanciales estaban en muchas oportunidades en torno a la estrategia o la táctica en la acción, y lo que es más, a diferentes apreciaciones de la relación de Partido y Gobierno, a la mayor o menor profundización ideológica que algunos sectores reclaman, frente al trabajo abrumador que otros realizan en las tareas concretas de la acción de gobernar.

La verdad es que yo no me siento identificado con la corriente rebelde del partido, porque, a juzgar por el pensamiento que exteriorizan en los debates internos o en sus publicaciones, no coincido con varios de sus planteamientos; no soy tercerista, porque no le conozco metas o propósitos definidos que compartir como grupo, y por exclusión se me agrupa o considera como oficialista.

El oficialismo así llamado del partido, al contrario de lo que sucede en las otras dos corrientes, no es un grupo organizado. En el fondo, se está en él por exclusión, porque no se está en los otros grupos. Por otra parte, ser "oficialista" no es sayal que desagrade de suyo a los democratacristianos a secas, que creyeron y siguen creyendo que el papel que le corresponde al Partido Demócrata Cristiano que levantó el nombre de Eduardo Frei para la Presidencia de la República, que coopera oficialmente en las tareas de Gobierno y que se solidariza de sus éxitos y errores como gobernante, no puede ser otro que ser sustentadores del actual Gobierno.

Hay quienes creen que ser oficialista es poco menos que comer en el mismo plato con el Presidente de la República, no disentir jamás con él, y en cierta medida ser sumisos espectadores de la acción que tendrá que ser calificada de relevante por venir de quien viene. A esto se agrega que piensan que este sector tendrá que

ser el disfrutador de las ventajas que otorga el poder.

Tal apreciación es por demás errada. Son muchos los de la así llamada corriente oficialista que, más que realizaciones de estrecha amistad personal o de convivencia que nace de ella, mantienen ahora con el Jefe del Estado y antes con el Senador y candidato, solamente aquéllas que provienen de un trabajo en común. En su gran mayoría, son aquellos que apoyaron a Frei porque lo creyeron el mejor hombre de los nuestros para llevarnos al triunfo y hacer Gobierno realizador. Pero que al hacerlo, no sólo tuvieron en vista al hombre a quien otorgaban la distinción de enarbolar la bandera que agruparía a los sectores mayoritarios de la nación, sino fundamentalmente a su partido, al cual han sido leales, al que contribuyeron a formar con duros esfuerzos en una tarea que permanentemente está por hacer. En suma, son hombres que dan apoyo al Gobierno porque refleja en gran medida los anhelos de la colectividad que le dio vida y de la inmensa masa de los chilenos que reclama un orden social más justo, más dinámico y progresista. No son gente que extienda la mano como poruña para recibir para sí. Son hombres que en el campo en que se encuentren han tomado en serio la tarea de hacer gobierno, muchas veces dando de sí más de lo que reciben, y aun a costa de su propia situación personal.

Tal vez los distinga el rasgo con que creen del caso hacer la crítica al gobernante desde dentro del Gobierno y en el partido.

Reitero que el así llamado sector oficialista del partido no es un grupo organizado, lo que se evidencia en las elecciones internas, toda vez que teniendo mayor cantidad de dirigentes, termina perdiendo las nominaciones de autoridades por la dispersión de los sufragios. No se trata de gente que conviva o dialogue en for-

ma regular entre sí, con miras a constituir un bloque dentro de la colectividad. Son más bien dirigentes que coinciden en circunstancias concretas y a quienes muchas veces une, la actitud que se adopta frente a la acción del Gobierno, con el cual, por las razones expuestas, se sienten solidarios.

Por eso vean en estas líneas, no la expresión o mensaje de un grupo, sino la visión de un camarada, más solitario de lo que ustedes, creen, que solamente se limitará a decirles lo que piensa.

La sustitución del régimen capitalista y la miseria

Para nadie que haya estudiado las ideas políticas de Chile puede ser extraño el hecho de que el Partido Demócrata Cristiano, desde su fundación, preconizó la sustitución del régimen capitalista por un nuevo orden que calificamos de comunitario. Para nosotros el régimen capitalista, no solamente es injusto, sino que a la vez es un sistema incapaz de sacarnos de la realidad en que se ha venido desenvolviendo el país.

Nuestra voluntad de cambio no tiene solamente fundamentos que entroncan con requerimientos de la justicia social, sino que está también guiada por el propósito de sacar al pueblo chileno del marasmo de la miseria en que ha vivido y vive. Reaccionamos frente a la mortalidad infantil; ante los altos índices de desnutrición, ante el hecho de que la gran masa del pueblo carezca de techo digno bajo el cual cobijarse, ante la falta de oportunidades en materia educacional, las posibilidades de empleo restringidas, la necesidad de una mayor independencia nacional que nos permita ser dueños de nuestro propio destino, el distanciamiento social que provoca profundos desniveles como consecuencia de una injusta distribución de la riqueza, etc.

La miseria y la falta de independencia nacional, no tienen por qué ser identificadas necesariamente con el régimen capitalista. Hay sociedades que adhieren a los principios que informa este sistema económico y que son ejemplos clásicos en el presente de las así llamadas sociedades de la opulencia y que al mismo tiempo polarizan en gran medida el poderío mundial. Por otra parte, existen pueblos en el mundo sumergido, cuya estructura social sería difícilmente clasificada como capitalista y que se debaten en la miseria y en la dependencia externa en términos humillantes.

La lucha contra la miseria, contra el analfabetismo, contra los riesgos sociales de vejez e invalidez, nos sitúan en una necesidad imperiosa de afirmar que somos partidarios de provocar el desarrollo de nuestras potencialidades en forma rápida. Nuestra meta, sin embargo, no puede ser meramente desarrollista. Comprobamos la crisis de nuestras instituciones tradicionales y debemos sustituirlas por otras que sean más justas, que hagan posible que los hombres se sientan mayormente partícipes de la acción de la nación y que disfruten también en forma más equitativa de los resultados del esfuerzo común.

No se trata solamente de destruir el régimen capitalista, sino de hacerlo estructurando simultáneamente uno nuevo que esté informado por la visión que tenemos del hombre, de la sociedad, del Estado. Por lo tanto nuestra vía no solamente es "no capitalista", lo que entraña una mera definición negativa. Es "no capitalista" porque positivamente es comunitaria, pues lleva a una sociedad de participación para guiar y ser guiada por el pueblo, en el cual confiamos y al que queremos hacerlo partícipe en el grado más alto posible en todas las decisiones que le atañen.

Deseo insistir en mi rechazo a una definición negativa, lo que no significa no

ser partidario de una etapa de transición entre el capitalismo y el comunitarismo, cuyas bases en gran medida compartimos. Ser anticapitalista no significa una definición total. Ello no entraña ser demócratacristiano. Un marxista también es anticapitalista, pero el régimen de sustitución que preconiza no es coincidente con el nuestro. El Partido Demócrata Cristiano no tiene nada que ocultar y debe afirmarse en lo que es, tratando seriamente de esforzarse porque se distinga su personalidad propia. Su situación es diversa a la del Partido Comunista, que se define substancialmente en forma negativa: es antimperialista (aunque sea una colectividad imperializada), antioligárquico y antifeudal. Esto, con decir mucho, no dice nada. A esto pueden adherir las cuatro quintas partes o más de los chilenos. Para ellos sí que sería difícil pretender entrar en la mentalidad nacional y ganar en esta forma el electorado gritando que son partidarios de la dictadura, aunque la califiquen con el agregado "del proletariado"; que en la medida que tengan el poder en la mano son partidarios del partido único o de tolerar solamente a los compañeros de ruta que no ofrezcan peligro, por ser manejados y controlados por ellos, o que quieren que la propiedad pase al Estado sin indemnización. Con estos postulados de lucha, provocarán más distanciamientos que acercamiento a sus ideas. Este no es nuestro caso y no tenemos por qué correr el riesgo de ver nuestra personalidad disfigurada en una formulación en que pueda caber de todo.

Nuestro concepto del desarrollo económico

El desarrollo económico de las naciones capitalistas se levantó sobre los hombros curvados de quienes vieron que su trabajo era una mera mercancía sujeta a los vaivenes de la oferta y de la demanda, y en ellas el dueño de los medios de producción dejó para sí una fuerte dosis del be-

neficio. Para lograrlo, desestimó los requerimientos de los trabajadores como hombres y los atendió sólo en la medida en que eran fuerza de trabajo indispensable. Ejemplo claro, fueron las jornadas diarias de 16 horas, los trabajos pesados encomendados a mujeres y niños, la despreocupación del empresario y del Estado de la época porque las condiciones económico-sociales en que vivieron los trabajadores fueran adecuadas a las exigencias mínimas que su calidad de personas reclamaba, etc. Los recursos del crecimiento económico, cuyas tasas no fueron ostensiblemente altas, se concentraron en pequeños grupos de capitalistas, de inventores e innovadores, que fueron el motor del desarrollo de la época. Y en la medida en que sus empresas progresaron, por derrame se beneficiaron sus colaboradores, tras la intensa lucha de los sindicatos y uniones que registra la historia.

El comunismo —al decir de Toynbee en entrevistas publicadas en Santiago, cuando el eminente historiador nos visitó—, lo más que ha demostrado es ser una eficiente herramienta para salir del subdesarrollo. El método empleado ha sido coincidente con el del régimen capitalista, en la medida en que primero ha sentado las bases del desarrollo económico y posteriormente las del desarrollo social. El plan masivo de construcción de habitaciones se inicia en 1957 en la Unión Soviética, cuarenta años después de la Revolución que llevó a los bolcheviques al poder. Es cierto que en etapas más breves recorrieron el camino andado por los países capitalistas de Europa; pero no lo es menos que su andar más rápido coincidió con avances científicos y técnicos del mundo contemporáneo. Aprovecharon el trabajo obligatorio, y la dictadura del régimen hizo posible detener la revolución de los anhelos, sacrificando a las generaciones presentes en aras del bienestar futuro que añoraban para su nación.

La Democracia Cristiana no puede se-

guir ni uno ni otro esquema de desarrollo. El primero lo rechazamos, en primer término, por injusto y, en seguida, por impracticable en el mundo de hoy. Imaginemos que pretendiéramos volver a las condiciones laborales de esa época o que prometiéramos el bienestar mínimo a que aspiran las masas para cien años más... Cualquier insensato que pretenda seguir este camino no tiene gran porvenir político dentro de la democracia. Nosotros no contamos, como ellos en su época, de etapas largas de cien años para acometer esta empresa. Nuestras tasas de crecimiento demográfico son muy superiores a las de la Inglaterra del siglo XVIII ó XIX, por ejemplo, como consecuencia, entre otras, de que las tasas de mortalidad son inferiores debido al avance de la medicina. Por otra parte, el hombre común de esa época no conocía un mundo mejor, ni concebía fácilmente que pudiera lograrse un cambio radical de sus condiciones de vida. No es el caso nuestro, en donde la revolución de los anhelos es de tal magnitud, que sobrepasa en demandas aun la acción realizadora más eficiente. A través de los medios de comunicación a que tienen acceso las masas; la radio, la televisión, el cine, la prensa, etc., el hombre nuestro sabe que existen comunidades que, organizadas debidamente, proporcionan mayor bienestar. Reclama la posibilidad de consumir los bienes que aún no producimos. Y como simultáneamente por estos mismos sistemas de comunicación llegan todas las ideologías dentro de una comunidad libre, siempre está tentado de adherir a experiencias nuevas que, mientras están en la etapa del ofrecimiento, tienen más posibilidades de contar con adeptos.

El segundo esquema, el del comunismo, presupone renunciar al régimen de libertad. Cuando países comunistas, como Checoslovaquia, descubren que las libertades formales de opinión y otras no son burguesas ni proletarias, y las reclaman

para sí, son sojuzgados, arrasados y abatidos, con el aplauso de los corifeos internacionales que observan actitudes serviles. Sojuzgar los anhelos por el terror, en último término, cualquiera que sea la campaña masiva que se emprenda para convencer que primero debe pensarse en el desarrollo económico, es un sistema injusto que rechazamos.

En el régimen capitalista clásico fue el desarrollo económico el que condicionó el desarrollo político; en el régimen comunista, es este último el que condiciona al primero. En mi sentir, en el desarrollo revolucionario que requiere un pueblo subdesarrollado orientado por el pensamiento democratacristiano, será también el régimen político el que condicionará substancialmente el económico. Esto no puede significar en ninguna forma que en los dos casos últimos el sistema político será idéntico.

Se trata de movilizar las energías nacionales hacia un propósito común en la lucha contra la miseria, sin caer en el totalitarismo. Dura tarea es, pues, reclamar el desarrollo económico y social equilibrado realizado simultáneamente, para salir al encuentro al mismo tiempo de los requerimientos de las generaciones presentes y futuras. Ello obliga a hacer, no cosas para el pueblo, sino cosas con el pueblo. Sólo en la medida en que el pueblo participa en las deliberaciones que le atañen, se responsabiliza con la obra que se emprende. Sólo en esta forma puede servir de autocontrol entre las aspiraciones y las posibilidades. No puede ser sujeto pasivo que recibe: tiene que ser sujeto activo de la labor creadora. Ello no se puede lograr en una sociedad distanciada por diferencias abismales de clases que presupone intereses diametralmente contrapuestos. Hay que integrar nivelando hacia arriba, sin perjuicio de hacer que los que tienen más, otorguen más. Aquí radica substancialmente el desafío de realizar una revolución en libertad.

Conjugar simultáneamente las realizaciones que tendrán proyección en el futuro con las demandas del presente que son decisivas para mantenerse en el poder y condicionar la labor de cambio de estructuras cuyos frutos se materializarán en etapas por venir.

La movilización del pueblo en forma masiva requiere de mística que tendrá que ser creada en torno al trabajo en común; fe del pueblo en sí mismo y fe del Gobierno en él, convencidos que en la tarea en común está la posibilidad de lograr el futuro que se añora; participación del pueblo en la construcción de su destino en el lugar en que se toman las decisiones. Todo ello obliga a pensar en hondura en la estructuración de una sociedad que dé acceso a la participación que deberá entrañar co-responsabilidad.

No escapará a nadie lo difícil de una tarea como ésta, en que simultáneamente tenemos que contar con la chilla de los que se sienten afectados en sus intereses, con la demagogia de los ineptos que fracasaron y que se esfuerzan por hacer creer que si el poder retornara a sus manos harían en mejor forma las tareas que están haciendo otros que ellos ni siquiera visualizaron cuando fueron Gobierno; y la demagogia también de aquéllos que, interesados en la lucha por el poder, siempre encuentran poco lo que se hace, aunque tengan que comprender que el ritmo de la tarea se siente por los mismos entorpecimientos y obstáculos que ellos crean.

Pero este es el desafío de la revolución en libertad. Lo peor, sin embargo, es ver que a los que tienen la misión de ejecutarla o sostenerla, a veces les flaquean las piernas, pues se pierden en la crítica; y siempre es más fácil dejarse tentar por el reclamo fácil que poner el hombro a la tarea que hay que hacer en medio de la tormenta que nace, en la lucha de los anhelos por hacerse carne.

*Sistema político con personalidad propia
es fundamental*

Es frecuente dentro del Partido ver caer a los camaradas en ciertas generalidades carentes de todo sentido de realidad concreta. Por ejemplo, se escucha: "Hay que hacer la revolución", a secas, "Hay que unirse con las fuerzas del cambio para hacer el cambio". "El Poder Joven, los Campesinos y los Obreros harán la revolución".

En todas estas expresiones hay algo de cierto, pero las peores mentiras terminan siendo las verdades a medias.

La palabra "revolución", con decir mucho, termina no diciendo nada. Revolución, para mí, no se confunde con la barricada. Ortega afirmaba que "la revolución no es la barricada, sino un estado del espíritu". Normalmente, en el Partido hemos interpretado el término como un cambio rápido y drástico que altera las condiciones sobre las cuales descansa la sociedad chilena.

Ahora bien, revolución a secas es reclamar cambio. Pero ya veíamos con anterioridad que no basta pedir la destrucción del régimen capitalista si simultáneamente no se reemplaza esta fórmula por otra que sirva de base a la organización social. En un régimen en libertad, un político no se puede dar el lujo de destruir lo existente si simultáneamente no asegura una fórmula de reemplazo que garantice el empleo y mantenga en funcionamiento la economía.

No quiero decir que en una dictadura esto sea posible, o ni siquiera aconsejable. Destruir lo existente sin crear simultáneamente el reemplazo, es el caos, y éste arrastrará a la postre el poder tanto de manos del estadista democrático como del dictador. Pero este último dispone, por la fuerza de las bayonetas, de un período de transición más prolongado. Puede resistir un período más largo de desajuste que se traduce en desempleo, racionamientos,

carencia de habitación o de bienestar mínimo. En cambio, los que reciben el poder de la voluntad mayoritaria del pueblo y dejan en libertad a otros, que se organizan para representarles sus miserias y apuntar hacia los errores cometidos por el Gobernante, corren el riesgo, en cada elección, de ser desplazados, pues es muy difícil encontrar eco, como decía en una oportunidad Frei, en un cuadro electoral que uno enfrentara expresando: "Señores electores: es cierto que ustedes no tienen trabajo, que sus estómagos están vacíos, que no hay techo bajo el cual cobijarse, pero tengan presente que el Gobierno está haciendo la revolución". La respuesta a un planteamiento de este tipo, en nuestra democracia y en la mayoría del mundo, será muy negativa electoralmente; y si aquí reside la fuente del poder, éste se nos irá de las manos.

Cuando se habla de "unirse con las fuerzas del cambio para hacer el cambio", también parece fácilmente entendible lo que se dice, sin que lo sea realmente. **Estar de acuerdo en cambiar no significa que se esté de acuerdo en la ruta que hay que emprender.** En el Senado de la República hemos vivido una etapa en que hay mayoría que quiere cambiar al Presidente del Senado; pero el cambio no se logra, porque no hay acuerdo en la fórmula de reemplazarlo. La Democracia Cristiana visualiza el cambio político de una manera, y el FRAP., de otra. Si uno camina en una dirección, cambia si gira hacia la derecha o hacia la izquierda del punto que tuvo de referencia inicial y, por lo tanto, pueden llegar a direcciones bien opuestas los que elijan un camino u otro. Si ambos, cambian por ejemplo hacia la izquierda, no quiere decir que llegen necesariamente a una meta coincidente, pues se puede caminar en ángulos distintos, de tal modo que la aparente coincidencia inicial de caminar hacia la izquierda puede terminar en un distanciamiento bastante evidente.

También es frecuente escuchar que se

anuncia el advenimiento del "Poder Joven", que nacerá en cierta medida uniéndose la juventud por la base y destruyendo la antigua división entre marxistas y cristianos. Algo similar debe suceder con los campesinos y obreros. No faltan también filósofos que auguren que llegará la época en que se acaben las ideologías y que la humanidad reaccionará con apreciaciones técnicas frente a los hechos concretos. Tales afirmaciones me suenan a música muy lejana de lo real. Yo no descarto la posibilidad de que haya unidad de acción entre marxistas, cristianos y ateos, etcétera, para solucionar un problema concreto. Cómo no encontrar plausible que en un momento dado los jóvenes, más que mirar a aquello que los separa, se unieran como chilenos para ayudar a salir al pueblo de la miseria, que no tiene color político; para impartirle conocimientos que ellos alcanzan en las aulas de estudios superiores, o para laborar con él para lograr un mejor nivel de vida en trabajo realizado en común. Yo creo que para trabajar en común frente a tareas concretas, siempre existe oportunidad; y lo que digo de la juventud lo afirmo respecto del campesinado y de los obreros. Cuando se han producido terremotos en la provincia de Concepción, hemos cogido juntos la pala o el martillo, demócratacristianos, comunistas o radicales, sin preguntar si al que le otorgábamos ayuda era o no era corifeo nuestro o si el que trabajaba a nuestro lado tenía o no tenía una vocación política semejante.

Pero no basta la unión en tareas concretas que, como chilenos, reclamamos que fueran lo más intensas posible. En política está en juego, fundamentalmente, la lucha por el poder, lucha que no es mezquina de suyo, sino lógica consecuencia de los que tienen una apreciación distinta de la vida, del hombre, del Estado, de los problemas concretos cuya solución puede ser abordada desde diversos ángulos, con metas dis-

tintas, y que legítimamente quieren imponer su criterio. Es posible visualizar la unidad del Poder Joven, del campesinado, de los obreros, etcétera, para reclamar el cambio; pero lo veo imposible para construir la fórmula de reemplazo. Aquí el marxista tendrá su receta, el demócratacristiano, la suya y los radicales o nacionales, sus propósitos.

No creo en el fin de las ideologías para hacer gobierno, aunque el desarrollo técnico pueda llevar a varias fórmulas concretas que obliguen a la coincidencia de acción frente a determinados problemas. El estadista moderno no puede pretender gobernar meramente sobre la base de "tinca". El arte de gobierno tiene también sus reglas del juego que son comunes en cualquier sistema político organizado. Pero esto es una cosa y otra que se nos quiera meter a todos en un mismo saco, pretendiendo que todos aspiramos a lo mismo y que aceptamos los mismos métodos para lograrlo. Yo, para luchar contra el imperialismo, no quiero imperializarme previamente en uno de los bloques en lucha. Soy contrario a todos ellos. Si el provocar el desarrollo se trata, también difiero en el método totalitario para lograrlo y en la estatización de la vida económica de la nación que termina oprimiendo al hombre, como igualmente en la solución del "chorro" capitalista, que después de hinchar a unos y de entregar migajas del festín a otros, provoca el proceso de generar el bienestar para todos.

Es por este motivo por lo que creo que la ideología política debe ser clara; que hay que ahondarla más en sus bases programáticas para evitar confusionismos. Con personalidad propia, tenemos muchas probabilidades de ser comprendidos. Chile es un país democrático; entonces, ¿para qué confundirnos con los que niegan el sistema? Chile es un país que reclama un nuevo orden social. ¿Quién será el insensato en nuestras filas que pretenda soste-

ner fórmulas caducas? Lo grande del partido es que nuestros dirigentes políticos no están comprometidos con el régimen vigente que hay que sustituir. ¿Por qué, entonces, caer en divagaciones de café para apartarnos de la ruta que nos dio el éxito en 1964 y que puede volver a entregárnoslo en 1970? No se trata de excluir por excluir a nadie. Se trata de unir, ya no tan sólo a “los cristianos que se atrevan”, sino al pueblo y a las fuerzas políticas que estén dispuestas a aceptar el cambio que patrocina y debe patrocinar la Democracia Cristiana: el nuestro en libertad, para crear una sociedad comprometida con el pueblo en su estructuración y metas.

Dura tarea es ser hombre de Gobierno

Ser hombre de Gobierno es una tarea dura y pesada. Quien no lo entienda así, incurre en error evidente y en debilidades que proyectadas cuestan muy caras al movimiento y al país. Al gobernante le sucede lo que al alcalde en su comuna o a la dueña de casa en su hogar. Las necesidades por satisfacer son mayores que los recursos de que se dispone. El pueblo quiere cosas muy concretas: ingreso suficiente para asegurar alimentación, vestuario, habitación y recreación; quiere que no suban los precios; quiere educación para sus hijos, obras públicas de todo tipo, desde el camino, la escuela, el puerto, etcétera; quiere seguridad frente al riesgo de vejez, invalidez o accidente, protección policial, movilización adecuada, fuentes de trabajo, etcétera. La dueña de casa en su hogar se da cuenta de que al marido le gustaría comer bien y tomar mejor, que la niña mayor pretende andar bien “cachearpeada” por si la pega; que uno de los niños quiere libros, que otro reclama una bicicleta, en fin, que a otro se le rompieron los zapatos o que el terno único no resistió más. Tanto al gobernante como a la dueña de casa le gustaría poder solucionar todas estas peti-

ciones que se le formulan, porque son legítimas, pero miran su presupuesto y lo saben limitado. Y entonces “empieza Cristo a padecer”, pues hay que decirle a uno que no, porque la necesidad del otro tiene preferencia y nadie quiere quedar en la cola de espera, y la niña mayor estima que la posibilidad de “ubicarse” prevalece sobre las otras necesidades, y al que le faltan los zapatos cree que su problema tiene prioridad, y así sucesivamente. La madre impondrá su criterio y de seguro no quedarán todos satisfechos. Otro tanto sucederá con los gobernados: los que sientan insatisfechas sus aspiraciones, declararán que el Gobierno es malo, porque en la petición específica no se les oyó, aun cuando si miran a su alrededor verán la huella profunda del Gobierno.

Por otra parte, en materia económica hay aspiraciones que parecen muy coincidentes entre sí y que no se hacen juego; y sin embargo, de pretenderlas buscar simultáneamente, es poco probable que se consigan. Así por ejemplo, parece lógico aspirar conjuntamente al pleno empleo y a la estabilización. No obstante, estas metas, que parecen loables y legítimas de aspirar en forma conjunta, en la realidad no es tan fácil hacerlas coincidir. La inflación presupone desajuste entre los medios de pago y los bienes y servicios que se ofrecen en el mercado. Si los primeros suben y no aumentan en la misma proporción los segundos, hay inflación. Para crear empleo hay que hacer inversión. Por ejemplo, la Central El Toro nos significará una inversión de mil quinientos millones de escudos, la tercera parte del valor anual de la producción agrícola. Mientras se construye, se da empleo a muchos trabajadores que adquieren poder de compra. Simultáneamente, no hay producción de la Central, de tal modo que los medios de pago que perciben en los cuatro, cinco o más años que demora la construcción, no se encuentran respaldados por nueva producción de bienes o servicios. Si esto se repite

en muchos sectores a la vez, como para poder llegar a asegurar el pleno empleo, puede presentarse el momento en que en el mundo haya muchos medios de pago que no se encuentren respaldados por producción actual de bienes y servicios, lo que puede provocar alza en los precios.

He querido poner estos ejemplos para demostrar que el político no hace siempre lo que quiere, sino lo que puede, dentro de una realidad dada. Buena es la frase apreciada en los muros de París: "Seamos realista, pidamos lo imposible". Como frase, es buena. Como actitud de uno ante sí mismo para exigirse al máximo, satisfactoria. Pero lo cierto es que aun cuando nos rebelamos, la realidad en muchas ocasiones nos impone duras limitaciones difíciles de superar.

En los ejemplos señalados, la respuesta parece lógica. ¿Quién va a pedir a un Gobierno que lo haga todo simultáneamente? ¿Quién puede pretender que se impongan metas conjuntas que a lo mejor se hacen fuego? Nadie. Pero en la práctica se nos presentan casos como los siguientes:

Aspiramos a realizar la Reforma Agraria en nuestro país. La demanda de tierra por parte del campesino es urgente. Nuestras posibilidades económicas en el año llegan hasta un límite dado. Mayor o menor, conforme sean los recursos aprobados en la ley de Presupuestos, oportunidad donde debemos poner tenso el arco. Por otra parte, todo no se puede hacer simultáneamente, porque en nuestro país no basta con dividir la tierra y entregársela al campesinado, sino que, además, hay que hacer acopio de recursos técnicos y económicos para no ir al fracaso.

Por otra parte, habrá que tomar una determinación en cuanto a las zonas en que se centrará la acción en la etapa inicial, para hacer multiplicar las posibilidades y no desprestigiar con fracasos el sistema. Habrá también que valorar si en una zona determinada se puede con me-

nos recursos otorgar a un mayor número satisfacción frente a sus necesidades que en otra donde se requiere mucha más inversión.

Ahora bien, la pedida es múltiple. Está alentada por necesidades reales y también por estímulos políticos de quienes siempre encontrarán poco lo que hace el Gobierno, porque ellos alentarán en cada caso la justicia del problema particular y se desentenderán del problema en conjunto. Los mismos que reclaman más reforma agraria, no titubearán en votar favorablemente un gasto del Estado de 200 millones de escudos adicionales para el pago de pensiones perseguidoras, aun cuando está insatisfecha la suerte de modestos hogares que tienen una previsión escuálida. Nunca se plantearán si hay recursos o no los hay para hacerlo, o a quién se daña con una determinación de esa especie. La oposición en el plano político la pueden ejercer de dos maneras: una, votando en contra de las iniciativas del Gobierno, que es la más antipática, porque grandes sectores de opinión se sienten afectados; y otra, aumentando el gasto corriente del Estado, pues cuanto más se dé por este concepto, menos se tiene para obras de inversiones nuevas. Cuando llegue el momento de los "quiubos", el Gobierno no será bueno, porque pagó más sueldos o salarios y mayores pensiones, si simultáneamente no ejecutó más obras públicas, más reforma agraria o mayores inversiones en industrias que creén empleo y que proyecten el país hacia adelante, aun cuando haya cambios de estructuras.

Ahora bien, volviendo a la reforma agraria, planteada la demanda en un sector campesino cualquiera, se ve la tendencia de nuestros militantes de base a solidarizar con la petición. El argumento suele ser que si nosotros no lo hacemos, lo harán otros. Mientras la acción se lleve por los canales lógicos, no hay problema, pero en determinado momento se

dice que no se ha tenido éxito en la petición y que debe apelarse a la "vía conflictiva"; hay que estimular marchas, tomarse fondos, en fin, crear clima. Yo no dudo de la buena intención de los que así actúan, pero de buenas intenciones está pavimentado el infierno. No está en juego la intención. Lo que está en discusión es la bondad del procedimiento. Se sigue argumentando que si nosotros no encabezamos la marcha, lo harán otros, etcétera... Cierto. Pero veamos el resultado. El que reclama, seguramente lo hace contra el dueño de la tierra, pero también contra el que gobierna, que a la postre no da solución a su aspiración. Si el problema no tiene salida conveniente para esos trabajadores —los hombres de Gobierno pueden y deben saberlo con antelación—, se termina por crear agitación. Si se es leal al Gobierno que se sustenta, el movimiento no se puede llevar hasta sus últimas consecuencias y entonces empiezan a cosechar los contrarios. El sector que resiste la reforma agraria se electriza, adquiere cohesión y se une más, y el sector contrario al gobierno popular, como nada tiene que perder, se aprovecha para crear una ola de agitación que los trabajadores no la iniciaron contra el gobernante, pero que ellos se encargan de configurar en tal sentido.

El Gobierno, por su parte, tiene que poner orden. Se nos llena de urticaria el cuerpo cuando presenciarnos despliegue de fuerza policial y, sin embargo, no hay gobierno, por revolucionario que sea, que no tenga que apelar a ella para imponer su orden. Lo contrario es el caos. ¿Alguien cree que en Cuba no existen necesidades que resolver desde el punto de vista social? ¿Qué tal si los sñ casa en ese país, que son muchos a juzgar por los discursos de Fidel Castro, hicieran una marchita de protesta? ¿No se diría que son contrarrevolucionarios, toda vez que el Gobierno ha dispuesto concentrar recursos en campos diversos del habitacional? Y lo

que es válido allá y en la quebrada del ají, ¿por qué no ha de serlo en Chile?

Por eso, ser hombre de Gobierno es cosa dura. Hay que ser leal con quienes están haciendo la revolución; hay que ser leal con el pueblo; hay que saber que todo no se puede hacer simultáneamente, y hay que enfocar los problemas, no sólo a través de un prisma particular, sino con visión de conjunto.

¿Hemos hecho o no una revolución?

No se trata aquí de reseñar la labor del Gobierno en estos cuatro años. Hay documentos que abordan el tema con bastante exactitud. Todos ustedes saben que vamos a defender en esta campaña la tarea realizada, y aun nuestros camaradas que más la critican, acordaron en Cartagena, en el Consejo Ampliado del Partido, cargar con los "éxitos y errores" de lo ejecutado.

No se trata, pues, de enumerar, sino de darse una respuesta a una pregunta bien clara: "¿El Gobierno de la Revolución en Libertad, ha hecho o no una revolución?".

Empezamos por recordar que la revolución no es la barricada. Empezamos por reiterar que para nosotros revolución es un cambio brusco. Cambio que tiene que tener por respuesta la liberación de nuevas fuerzas sociales.

En el partido es frecuente escuchar que 1964 no es 1968. En la época actual se han desatado nuevas fuerzas sociales que antes no estaban en juego y que tienen precisamente como antecedente haber ido adquiriendo poder, del que antes carecían. ¿Cuáles son estas fuerzas sociales nuevas que se hacen presente en la actualidad? Son, precisamente, aquéllas que antes estaban marginadas de la vida política y social; vale decir, el campesinado y, en gran medida, el poblador.

¿Cuántas veces hemos oído que este Gobierno ha cooperado en forma excesiva con los marginales? ¿No solemos escuchar

que estamos cometiendo el error de confiar en esos grupos sociales, en circunstancias de que se nos agrega que nos han de volver la espalda? ¿En virtud de qué el poblador y el campesino han adquirido conciencia de su poder? Yo creo que es gracias a la labor del Gobierno, que les dio organización. La Junta de Vecinos, la Cooperativa, el Sindicato Agrícola, la Comunidad Campesina concientizada, la atención de sus necesidades y el respeto que desde las esferas de Gobierno, en todos los planos, se les ha otorgado, son muestras claras y evidentes de que sí en estos sectores hay fuerzas sociales nuevas desencadenadas, ellas han nacido al estímulo de la acción del Gobierno.

En la vida universitaria se ha producido también un despegue semejante al que el mundo observa en diversos países. Tal vez en Chile ha alcanzado una mayor expresión respecto de otras naciones. No tengo una visión acabada de lo que está sucediendo en la Universidad, pero sí puedo afirmar que el Gobierno ha presentado un proyecto de Reforma Universitaria, en el cual se considera la posibilidad de que cada comunidad universitaria se otorgue la organización que estime conveniente y que la participación estudiantil es reconocida en todos los nuevos estatutos. A la postre, ha sido el Gobierno el que ha dado paso a esta vida de participación que se observa en la comunidad universitaria.

El Gobierno ha herido intereses bien precisos con leyes como la de la Reforma Agraria, la de Loteos Brujos, y la de Accidentes del Trabajo y Enfermedades Profesionales. Con la primera, atacó los intereses de la organización feudal de la tenencia de la tierra; con la segunda, afectó seriamente a quienes, en forma abusiva, detentaban la propiedad urbana; con la tercera, cumplió algo que siempre se prometió y nunca se había hecho desde que se dictó el Código del Trabajo: garantizar en forma efectiva el riesgo de accidentes del trabajo y enfermedades pro-

fesionales y transformar el seguro privado y mercantil en un seguro social. Aquí también se hirieron intereses.

La política tributaria de esta Administración, que es uno de los elementos para estimular la distribución del ingreso, se ha usado también con el propósito de hacer que paguen más los que tienen más. En la actualidad, también, se discute un proyecto de ley que termina con las franquicias tributarias y particularmente con la exención del pago del impuesto global complementario, que ha permitido que muchos, a la postre, queden en un nivel muy ventajoso con relación a la gran masa ciudadana.

Sin embargo, se observa que no hemos afectado la estructura de la empresa. Es cierto; pero bueno es recordar que no nos comprometimos a ello en el programa para esta Administración. A este tema nos referiremos más adelante en detalle.

En el campo de la participación del Estado en empresas fundamentales para la nación, se han dado pasos importantísimos. La Compañía de Acero del Pacífico, que por su magnitud puede tener una gravitación excepcional en la vida de la nación, ha pasado a manos del Estado al adquirir el 51% del capital, y su administración en asuntos esenciales no puede realizarse sin el voto conforme de los directores fiscales. En las empresas de la gran minería del cobre tenemos en la propiedad de las mismas y en su administración, una ingerencia que antes no poseíamos. Los proyectos de expropiación de la Compañía Chilena de Electricidad y de Teléfonos fueron aprobados en 1965 por la Cámara de Diputados. En el Senado duermen desde entonces y en forma repetida el Ejecutivo ha debido retirar las urgencias que había solicitado para su tramitación.

La Reforma del Banco Central quedó retenida al negarse el Senado, por voz de sus personeros, a tramitar la ley que otorgaba facultades normativas al Ejecutivo.

Tampoco pudo el Ejecutivo apresurar la Reforma Bancaria, que también duerme en el Senado, porque en la Comisión se llegó a idear la peregrina teoría de someter al Banco Central al control de la Contraloría General de la República, cuya acción, por demás engorrosa y tramitadora, el país conoce, y que no se compadece con la agilidad que debe tener la institución que maneja la política monetaria. La Reforma a la ley de Sociedades Anónimas, que crea incompatibilidades para ejercer un número ilimitado de directorios de sociedades anónimas y la ya referida ley de Reforma Bancaria que establecía restricciones en igual sentido para que no haya concentración de poder financiero e industrial, esperan el despertar de la Oposición para ponerse a trabajar.

Con esta somera visión, puedo afirmar rotundamente que el cambio entre 1964 y 1968 es a fondo. Sectores del Partido dicen que 1968 no es 1964... Tienen razón, pero que reconozcan que la acción del Gobierno ha sido el motor del cambio y que debido a eso hay fuerzas sociales nuevas en esta etapa, que antes no tenían personalidad.

Sin embargo, nos ha tocado escuchar que el programa de la Revolución en Libertad llevaba en sí un contrasentido de magnitud. El plan de desarrollo social correspondía a la acción que debía realizarse dentro de una sociedad comunitaria, en cambio el plan de desarrollo económico afirmó la empresa capitalista y, por ende, fortaleció dicho régimen.

Vamos viendo. Las grandes inversiones ejecutadas en este período están en el acero, el cobre, el petróleo, la petroquímica, la celulosa, ferrocarriles, aviación, locomoción colectiva, electricidad, industria automotriz, electrónica.

Hemos visto que la CAP ha pasado a ser una empresa controlada por el Estado. No ofrecimos nacionalizar el cobre. Hicimos lo que dijimos en la campaña y, aún más, pasamos a tomar parte de la propiedad de las referidas empresas, cu-

ya producción ahora se duplica. El petróleo es del Estado, y la petroquímica organiza complejos, unos de propiedad estatal exclusivamente, otros de propiedad mixta, estatal y privada, y otros en la etapa terciaria que corresponderán a la iniciativa de los particulares, pero que quedarán controlados en el costo de la materia prima y en los precios a través del Ministerio de Economía. La industria de la celulosa se lleva a efecto con capitales mixtos, estatales y privados, y bajo control del Estado en esta etapa. Ferrocarriles y la Línea Aérea Nacional son empresas fiscales. La locomoción colectiva es en parte estatal y en parte pertenece a sectores privados que podríamos agrupar como clase media. La ENDESA es estatal. La industria automotriz y la electrónica son industrias privadas.

La reforma agraria no sólo tiene finalidad social, sino también de desarrollo económico. Nadie podrá afirmar que el desarrollo producido en este campo tiene un signo capitalista. Las cooperativas agrícolas han adquirido una gran dimensión para encarar la industrialización de los productos derivados de la agricultura. Su finalidad es servir a las comunidades humanas; y si se han creado en torno de ellas focos de poder contrarios al Gobierno a pesar de los beneficios recibidos, se debe a la inoperancia de nuestra parte. En todo caso, no creo que podrían ser calificadas de empresas capitalistas, por la forma de distribuir sus beneficios y por la generación de la autoridad en ellas.

No hemos estatizado todos los medios de producción. Jamás estuvo en nuestro programa hacerlo, y el que cree que es eso lo que esta colectividad persigue, se equivocó de puerta. Respetamos la existencia de la empresa privada, aunque no hemos dictado un estatuto de la misma, que es necesario. Pero ello no significará colectivizarla, ni mucho menos.

Que como consecuencia de una mayor dinámica, del aumento experimentado por

el poder comprador de las masas, se ha entonado la economía y se observa una mayor expansión de la industria privada en el país, es algo lógico. No podíamos detenerlas si no las vamos a suprimir y son fuente de empleo para grandes sectores de la población, lo que es necesario.

En todo caso, hay que tener presente que el 50% del gasto en Chile lo hace el Estado y el 71% de la inversión proviene del sector fiscal; que el crédito, en cerca del 50%, lo controla el Banco del Estado, y que existen un sinfín de organismos estatales que intervienen además en la vida económica. No estamos dando, pues, una visión precisamente de un país organizado a la usanza del capitalismo clásico.

Estamos haciendo el cambio y nadie de buena fe puede pedirnos que agotemos en cuatro años la acción que otros emprendieron en siglos. La nueva sociedad será moderna y democrática. Democracia no solamente política, sino de oportunidades: para adquirir la cultura, para que progresen los mejor dotados, y para lograr el bienestar mínimo para el hombre común.

En el campo está sucediendo algo trascendental. Adquieren empleo en mayor número gentes de mayor capacidad como consecuencia de mejores remuneraciones, y con ello desaparecerá la visión fatalista de la organización feudal que ha existido desde la independencia en el sector agrario chileno. Cargaremos con un peso duro durante un tiempo, que corresponderá a la acción de generaciones pasadas que no cumplieron con su deber: el peso de los analfabetos, de los tarados, de los que carecen de toda especialidad, será sin duda un lastre que tiene que tener una solución social y humana.

Estamos haciendo la revolución. El cambio está a la vista, aunque no se encuentre agotado. No es culpa nuestra que haya muchos que miren y no quieran ver.

Algunos errores cometidos.

Más de alguien podría preguntarme: "Bueno, si para usted está tan claro que el Gobierno ha cumplido la tarea que ofreció al pueblo, ¿a qué se debe entonces que exista incompreensión dentro del partido por la obra ejecutada? Que la oposición la desconozca, pase; pero que sectores internos la nieguen, ¿cómo lo interpreta usted?".

Los que formulen tal pregunta no dejarán de tener razón. La Oposición será siempre Oposición, y estima que su tarea es extremar la crítica. No es alabando al Gobierno como espera encontrar adeptos para sí, sino que, por el contrario, es destacando sus errores o apuntando hacia la existencia de necesidades no satisfechas como pretende encontrar el cauce de su potencial electoral.

Pero, ¿por qué en el Partido Demócrata Cristiano hay sectores que afirman que se sienten frustrados? Yo tengo que partir de la premisa de que actúan de buena fe, y creo que hemos cometido errores, tanto el Gobierno como el Partido, cuyas consecuencias hoy pagamos.

Mis observaciones en esta materia no datan de la hora presente. Las expresé cuando, en noviembre de 1964, se postulé mi nombre a la presidencia del Partido. Las reiteré por escrito al Presidente de la República en agosto de 1965 y verbalmente, en múltiples ocasiones, y las he manifestado en la sala de Senadores en más de una oportunidad.

Yo creo que una revolución, para que tenga "sabor" a tal, no se hace solamente con funcionarios, sino con pueblo organizado. El pueblo organizado debe ser movido por el Partido para que participe en la tarea creadora y no se transforme en un mero espectador de la labor del Gobierno. Aquí todos tenemos culpa. Somos partidarios del cambio y hemos demostrado una incapacidad casi absoluta

para crear una nueva estructura partidaria que esté en consonancia con la política de masas en la que estamos participando.

Por otra parte, yo creo que las relaciones Partido-Gobierno no han sido tan estrechas como las circunstancias lo han requerido, aun cuando hay que reconocer que al Presidente Frei no se le han presentado los problemas que han vivido otros mandatarios chilenos con las fuerzas políticas que les prestaron apoyo.

En un país de revolución en marcha, en mi concepto el Gobierno y el Partido que le da sustentación deben confundirse. No caben acciones paralelas. Así lo entendieron los bolcheviques, cuyos jefes máximos ostentan la Jefatura del Partido. Así sucede en La Habana con Fidel Castro, y así ocurre también en la República Federal Alemana, para dar ejemplos del mundo occidental. Adenauer, Erhard, Kiesinger, cuando pasaron a ser Jefes de Gobierno, automáticamente fueron jefes del Partido Demócrata Cristiano Alemán y pierden esta calidad cuando abandonan la Jefatura del Gobierno. Y esto sucede aun con el Gobierno de coalición.

Yo sé que en Chile chocará fuera del Partido y aun en él una tesis como la que sostengo. La formulo como tesis y no la planteo para Frei solamente.

Imagino ya la exclamación en el sentido de que el Presidente de la República es el Presidente de todos los chilenos y no solamente de un partido político. Podrán acotar que las experiencias que señalo están contradichas por otras; que, por ejemplo, en Inglaterra, si un parlamentario llega a ocupar una cartera ministerial, el Partido a que pertenece lo deja en libertad, y no faltarán argumentaciones que vayan más a fondo para defender una tesis contraria.

El hecho de que el Presidente de la República sea jefe político del Partido que le otorga base y sustentación no im-

pide que al mismo tiempo sea Presidente de la Nación. ¿Pedro Aguirre Cerda, Juan Antonio Ríos y Gabriel González Videla dejaron de ser radicales por ser Presidentes de la República? ¿Podría reprochársele a Eduardo Frei que siguiera siendo demócratacristiano por el hecho de que Chile lo ungiera Jefe de la Nación? No lo creo. Ya escucho las voces de personeros de la derecha: ha gobernado con los demócratacristianos para los demócratacristianos. La verdad es que ha gobernado con las ideas demócratacristianas que él y su Partido ofrecieron al pueblo. ¿O querían que gobernara con las ideas nacionales, que no compartió nunca?

En cuanto a que hayan tenido una mayor participación en el Gobierno los demócratacristianos, es la consecuencia lógica de ser el único partido que le dio sustentación, antes de que lo acompañara el Partido Democrático Nacional. Los Ministros, ¿se iban a designar entre los grupos de Oposición, o a los independientes que se llamaron a asumir las carteras de Gobierno había que haberlos buscado entre aquéllos que estaban próximos a los radicales o al FRAP? ¿Cuándo un Gobierno ha buscado entre los hombres de Oposición a sus colaboradores más directos? Entre los funcionarios se ha respetado el Estatuto Administrativo; pero ¿quién puede ser el fariseo que pretenda que para los nuevos empleos deberíamos reclutar fundamentalmente gente que hace la neumática al Gobierno? Si de algo nos culpa la base en muchas oportunidades, es de que hemos otorgado excesiva preferencia a los antecedentes, pasando por encima del interés político, que también es respetable y real.

El hecho de que un Presidente de la República sea Jefe de todos los chilenos no lo priva de su militancia, no le impide que reclute los elementos humanos que han de acompañarlo fundamentalmente entre los grupos políticos que le dan sustentación, ni lo puede hacer abandonar

el ideario político que abrazó toda su vida. El Gobierno exige ruta, y so pretexto de hacer Gobierno para todos los chilenos, ningún insensato pretenderá que la ruta que se debe imprimir al Estado sea una transacción entre todas las ideologías políticas que vive el país.

¿Qué pierde el país con que el Presidente de la República sea el Jefe del Partido político en que milita? Nada. Toda la mezquindad subalterna debe ser rechazada de igual manera, séase o no jefe de un partido. ¿Qué gana el país? Estabilidad, que le es tan necesaria. Muchas veces, declaraciones precipitadas del Partido de Gobierno pueden ocasionar un daño tal que anulen la acción positiva que en un sentido determinado esté realizando el Gobierno. Gobernar es decidir. Si los partidos políticos, a través de las órdenes de partido, tienen poder de decisión, ¿conviene o no una relación más estrecha entre el Partido y el Gobierno? Yo creo que sí.

Pero otros argumentarán: el Gobierno tiene responsabilidades transitorias para los seis años que es designado; en cambio, el partido se proyecta con visión de futuro, tiene que resguardar el devenir político de la colectividad. Yo no sé cómo vamos a resguardar el futuro si no sabemos cautelar el presente. Construiremos mañana sobre lo que hacemos hoy. Es cierto que otro Gobierno es otra etapa; pero guardémonos de pensar que mañana tenemos que destruir lo que hoy hicimos. Si éste es nuestro pensamiento real, no deberíamos ser colaboradores; y no he escuchado en ningún sector del partido murgas que alienten el éxodo del Gobierno. Si estamos en él, si nos responsabilizamos de sus éxitos y fracasos, ¿cómo cautelaremos el futuro si no somos dueños del presente? ¿O el hecho de existir una integración total nos impide programar que hasta 1970 haremos esto y si somos Gobierno después haremos éstas y otras cosas que las circunstancias actuales, los

recursos de que se dispone, etcétera, no hacen posible ahora emprender?

No pretendo que el Presidente de la República esté discutiendo en el partido quiénes deben integrar las listas de Regidores, por ejemplo. Creo, sí, que en los grandes debates de política gubernamental debe encontrarse dentro con poder de decisión, para bien de Chile.

La experiencia que hemos vivido en la relación Partido-Gobierno me da la sensación poco más o menos como la de esas sociedades con dos socios: uno que aporta el capital y otro que administra el negocio. Si la cosa va bien, el que puso el capital dirá: "Hemos triunfado. Nuestra organización tiene prestigio y produce beneficios". Pero si va mal, levantará el dedo acusador diciendo que el socio administrador lo hizo mal, y él probará su inocencia en el resultado.

En el Partido habrá siempre gente frustrada, aunque se dicten cien leyes que cambien la estructura social del país. Se nacionalizó la CAP al pasar a ser propiedad del Estado más del 50% del capital de la misma, y nadie reaccionó; se dictó la ley de accidentes del trabajo y enfermedades profesionales, y parece como si siempre hubiera existido; se puede modificar mañana la estructura de la empresa, y siempre presenciaremos los grupos frustrados. Porque son espectadores de la labor que otros realizan. Nuestros camaradas, que están en la Administración Pública abrumados muchas veces por las tareas que ejecutan, tienen poca conversación interna. El Partido ha organizado debidamente los cuadros para emprender una tarea eficiente a nivel popular. Estos han resucitado fundamentalmente en vísperas electorales y se aplacan cuando pasa el veranito de la contienda. Un sólido departamento sindical, campesino, poblacional no tiene la vida que debería haber alcanzado.

Para hacer más estrecha la relación Partido-Gobierno, hemos chocado también

con la personalidad del Jefe del Estado, quien siempre ha creído que el freísmo era más que el movimiento político que le dio alero, en lo que no deja de tener razón. Pero un Gobierno realizado prácticamente en torno a su persona, con un Gabinete que por su estructuración ha sido más bien un Gabinete de Administración y sustancialmente de amigos personales sin mayor vida partidaria, ha provocado un aislamiento que pudo ser evitado. Los políticos del Partido, aun los parlamentarios que aparecen jugándose con más decisión al lado del Gobierno, no han tenido una participación real. Lo que llamábamos "nuestro Gobierno", en el fondo ha sido simplemente el "Gobierno de Frei". Lo consigno como un hecho que he representado varias veces al Primer Mandatario.

No pretendo impedir que el Partido elabore metas superiores. Muy por el contrario. Su deber es discutir, provocar el diálogo interno, continuar la tarea ideológica y la elaboración del pensamiento que servirá de respaldo a la acción futura, porque el Partido no termina con un Gobierno, aunque el sucesor no fuera de nuestra tienda política; pero debe existir una mayor compenetración entre los militantes que están elaborando la política desde el Gobierno y los organismos propios del Partido.

Yo no recuerdo bien si al inicio de esta Administración fuimos o no partidarios de declarar incompatible la calidad de Consejero del Partido con el hecho de desempeñar cargos de la confianza del Presidente de la República. Si así lo hicimos, creo que fue un error. Es cierto que nadie puede ni debe estimarse dueño del Partido; pero creo que hay conveniencia de conjugar los intereses, cuando el Partido es Gobierno, con el Gobierno mismo. Si no se acepta la tesis extrema que he planteado en orden a que el Jefe del Gobierno sea el Jefe del Partido —que no tiene por qué ser el mismo que polemice con otras co-

lectividades políticas—, bien se podría aceptar una representación determinada en el Consejo de altos personeros calificados del Gobierno, o exigir determinados quórum de votación para materias precisas que puedan atañerle.

El Partido no puede ser espectador de su Gobierno, sino actor junto a él. El pueblo tiene que ser movilizado por el partido, el que no debe mantener vida de masas solamente en la víspera electoral. La política de masas reclama una presencia permanente, que no puede exigirse en forma exclusiva al parlamentario, que también debe participar en el debate nacional e internacional.

Muchas veces en el Partido no están suficientemente claras las dificultades con que se choca para hacer realidad muchas iniciativas. De aquí la frustración que, más que en el campo o en la población, se presenta en el café.

En el caso de los dirigentes sindicales, el problema es otro. Son tal vez el grupo de dirigentes que debe afrontar un problema más duro. Y pruebas al canto. El dirigente sindical demócratacristiano tiene que ser leal a su base y leal a su Partido y a su Gobierno. Ahora bien, para la base es buen dirigente el que pide y obtiene más. ¿Cuánto? Más, sencillamente. Si en el Gobierno pasado se le daba un reajuste por debajo del alza del costo de la vida, el dirigente era bueno si obtenía más, aun cuando no llegara al 100% de reajuste de la desvalorización habida. Si ahora se parte ofreciéndole compensación de la desvalorización monetaria, será bueno si obtiene más. Y si mañana se otorga un reajuste superior a ese índice, su asamblea seguirá solicitándole que pida más.

El Gobierno debe tener un plan para detener la inflación. Todo el país lo reclama. Un punto fundamental es abordar una política de remuneraciones. Posiblemente, en tesis la encontremos aceptable; pero cuando llega el momento de someterse a ella, cada asamblea sindical pretenderá pasarle el tonto a la otra. Si hay que

hacer sacrificios, que lo haga el vecino, no yo. Esto es de la condición humana y está en todos los sectores de la nación.

Aquí nace el conflicto: si no se escucha el clamor de la asamblea, que pide más, terminan por barrerlo y es más fácil no seguir la política gubernativa aprobada como justa en materia de remuneraciones. El parlamentario de gobierno puede afrontar con mayor facilidad la impopularidad, pues podrá rehacerse en otro campo que en aquél en el que se le pide que vaya al sacrificio. El dirigente sindical se destaca fundamentalmente en el pliego, y ahí está su desdicha.

El Partido debería otorgar a este sector una prioridad mayor, por las razones expuestas, porque es él el que en forma más directa está próximo a la frustración. Por otra parte, es urgente emprender una reforma del régimen sindical chileno, como haremos presente más adelante.

Necesidad de socios para acelerar el cambio.

Es efectivo y cierto que a todos los miembros del Partido les habría gustado caminar con mayor celeridad en las realizaciones emprendidas. Estoy cierto de que todos, desde el Presidente de la República para abajo, contestarán afirmativamente si se les pregunta: "¿Habría querido usted hacer más reforma agraria, haber logrado avances más positivos en la construcción de una sociedad comunitaria; en suma, haber ahondado más la labor ejecutada por el Gobierno?"

Pero no se trata sólo de desear, sino de poder hacer. Y todos, absolutamente todos, tendrán que reconocer que el gobierno no hizo más, entre otras razones, por la propia debilidad de fuerzas con que ha contado para ejecutar la tarea.

Para nadie es un secreto la debilidad política que ha quedado de manifiesto durante estos cuatro años de Gobierno, por el hecho de no contar con una mayoría adecuada en el Senado. Por la mecánica

de la renovación del Senado de la República, la Oposición ha tenido fuerza mayoritaria, que ha sabido unirse para decir que no. Por las más diversas razones, algunas traídas de los cabellos, la Oposición, de nacionales a comunistas, tiene un criterio común: decir que no. Esto ha entorpecido evidentemente la labor legislativa.

En el campo laboral, son muchas las organizaciones sindicales controladas por el FRAP y, en la Administración Pública, por los radicales, que han ejercido oposición sistemática a la política del Gobierno en materia de remuneraciones, tan vital para detener el proceso de inflación.

En el campo administrativo, hemos recibido una administración chapada a la antigua, en la que se refugian elementos que han estado remando en contra del Gobierno en forma clara y ostensible, y que no pudimos adecuar a las necesidades del nuevo régimen, porque se nos negaron las facultades normativas que antes se dieron a los tres Presidentes que nos precedieron, y que la Oposición rotundamente negó al Mandatario que obtuvo la más alta mayoría en la historia de Chile.

En el campo financiero, nadie puede desconocer que en la actividad de la banca particular, de las grandes industrias y en general del poder económico, el Gobierno no tiene corifeos de su política y que cada día aumenta más la resistencia de estos sectores.

En suma, aun cuando tenemos el Poder Ejecutivo y la mayoría de la Cámara de Diputados, se nos presentan una serie de limitaciones que entorpecen la marcha de un programa de reformas sustanciales para la vida política, económica y cultural de la nación.

De aquí nace que en algunos sectores del Partido se piense en la necesidad de buscar socios para acelerar el tranco. Pero el cuadro es muy limitado. Se descarta de partida un entendimiento con la Derecha, pues si se pretende hacer una revolución, no parece este sector el aliado más adecuado para una tarea de esa especie, ya

que en él se refugian los que resisten el cambio. Los radicales han constituido un partido con el cual no nos llevamos bien. Dan la imagen de que su única preocupación es llegar a la cresta de la ola, cualesquiera que sean los medios a que tengan que apelar para ello. Hace cuatro años encabezaban la Derecha en Chile. Tres años después, han iniciado su acción para encabezar la Izquierda, dando una voltereta en el aire, difícil de aceptar. Los socialistas nos ha negado "la sal y el agua" desde que llegamos al Gobierno. Los Socialistas de Chile, con un afán de corresponder a lo que de ellos se espera desde el exterior, en donde sin duda tienen su "infraestructura", han hecho la apología de la violencia y en cierta medida dan la impresión de que son perros que ladran pero que están incapacitados para morder. Constituyen el refugio de pijes populares y, aunque la mona se vista de seda, mona se queda. Los comunistas tienen una mayor solidez política. Ya sea porque hay directrices generales que vienen de fuera que los frenan, o ya fuere por convicción de que en la realidad actual no les cabe embarcarse en el aventurerismo político, lo cierto es que hay evidencia de que están por mantenerse dentro de la vía electoral y de la ley para ganar el poder. Sufren en la actualidad el hecho de ver que su alianza en el Frente de Acción Popular está destruida. El Partido Socialista de Chile se aparta de ellos por sus arrestos de invocar a la violencia. Al Partido Socialista Popular lo encuentran más débil para una alianza que sirva de eje a una política futura. No quieren quedar solos y coquetean con los radicales, pero sus aliados Socialistas Populares no les aguantan el salto. Por otra parte, tiene que penarles la Ley de Defensa Permanente de la Democracia, La Maldita. En suma, no están en posición cómoda, aunque constituyen un partido con garra, con cuadros bien organizados, capaces de defender como un solo hombre lo indefendible: la invasión de Checoslovaquia.

En este cuadro político complejo hay grupos dentro del Partido que piensan en una alianza de las fuerzas populares, que tendría que tener por base y fundamento los Partidos demócratacristiano y comunista.

Yo quisiera empezar por preguntarme si la alianza es necesaria. ¿Para qué vamos a intentar una alianza de este tipo? ¿Para ganar la elección presidencial? ¿Para gobernar en el futuro?

En primer lugar, abordemos el problema de la elección presidencial. Es evidente que si los votos de los comunistas y de sus compañeros de ruta se suman a los que tiene nuestro partido, hay éxito electoral. Lo que queda por saber es si todos los votos de la Izquierda se sumarían para un evento de este tipo, lo que, dada la disciplina del Partido Comunista, por lo menos en esta colectividad podría ser probable, pero tan claro como esto es que si el precio que se paga por ello es llevar a los comunistas al Gobierno, fuertes sectores de votación demócratacristiana emigran. Lo hemos visto en actitudes menos chocantes en forma reciente en la Universidad Católica, en algunos consejos gremiales, etcétera, en donde queda de manifiesto que no hay suma de fuerzas por estas alianzas que el electorado no entiende y que son muchos los que prefieren irse en paso . . .

Ganamos la elección de 1964 en la medida en que el país comprendió que éramos una alternativa entre la Derecha y el comunismo. Chile ha demostrado ser un país que por vocación es democrático y partidario de la avanzada social, del cambio. ¿A qué salirse de la ruta que nos dio el triunfo? ¿Por miedo al señor Alessandri? Eso es tener muy poca confianza en lo que somos y en lo que hemos hecho. Evidencia de parte de muchos de nuestros dirigentes que no tienen ni fe ni contacto suficiente con el pueblo. Por lo general, este tipo de alianzas las lucubran los que no están ni en la población, ni en el sindicato, ni en el campo. Los elementos de base nues-

tros son fundamentalmente anticomunistas. ¿A qué crearles la mercocha? Yo estoy cierto de que es más seguro el éxito de la Democracia Cristiana con el PADENA y otros grupos políticos que acepten nuestro programa, que en una alianza con el Partido Comunista. Ahora bien, si esta colectividad decidiera votar por nosotros sin compromisos de ningún tipo, como hizo la Derecha en 1964, o ellos lo hicieron con Pedro Aguirre Cerda, eso es otra cosa. Yo no espanto a nadie que quiera ayudarnos, pero alianzas híbridas, no.

¿Serían los comunistas buenos aliados para gobernar? Yo respondo rotundamente no, por las razones que expondré seguidamente.

Hay quienes dicen: con los votos comunistas se han aprobado leyes tan importantes como la de la Reforma Agraria, Loteos Brujos, Accidentes del Trabajo y Enfermedades Profesionales, etcétera. Luego quiere decir que con ellos estamos más próximos para poder gobernar que con otros grupos políticos.

En primer lugar, yo creo recordar que muchas de esas leyes fueron aprobadas también en general en el Senado con los votos de los socialistas, radicales y aún de nacionales en algunos casos, dado que a la postre su determinación no influía. Entonces, la argumentación falla por la base. Por lo general, han votado que sí, agregando que nuestras iniciativas eran tímidas y poco menos que no servían para nada. ¿Pero han votado por ayudarnos o porque no les quedaba otra cosa? ¿Qué respuesta habrían tenido los comunistas para decirles a los pobladores que estaban en contra de la Ley de Juntas de Vecinos eliminada la Promoción Popular? Ninguna. Para ellos, decir no era peor que decir sí. No es el caso de los radicales que en la base son flores exóticas que no se conocen al nivel de la población o de la comunidad campesina organizada.

En segundo lugar, hay que tener presente que gobernar no sólo es dictar leyes. Hay que mantener relaciones inter-

nacionales, cuenta también la fuerza militar frente a los problemas de seguridad externa y hay que conseguir cooperación económica externa para realizar obra concreta.

El Partido Comunista vive y pena frente a la política internacional. Lo hemos visto dar volteretas extraordinarias para adaptarse a los dictados que vienen de fuera. Fue contrario a Hitler cuando éste estuvo contra la Unión Soviética, se identificó con él cuando se unió a ella; ha defendido el principio de autodeterminación en relación con Santo Domingo y Cuba; sin embargo, corre a justificar la invasión de Checoslovaquia porque la hicieron los rusos y sus aliados; aplaudió a Stalin mientras lo hizo el Kremlin, y cuando éste emprendió la ruta de la desestalinización se sumó a esta tarea. En suma, quien analice su línea de conducta lo verá siempre coincidente con la política de Moscú. Las relaciones internacionales no las ha llevado nuestro país en esta línea ni creo que la gran masa de los chilenos lo pretenda. Siendo éste un problema vital para él y para el país ¿ayudará o no su presencia en el Gobierno?

El segundo problema dice relación a nuestra seguridad externa. ¿Quién estará en condiciones de asegurarnos que en un Gobierno con comunistas no tendremos mayores dificultades con nuestros vecinos? La cara que presentan los Gobiernos de Argentina, Bolivia y Perú, no parece ser muy comprensiva para una realidad como la indicada. Mil novecientos sesenta y ocho no es 1946. En aquella época, Rusia venía saliendo de la mano de los Aliados al término de la Segunda Guerra Mundial; su influencia mundial era más reducida; la realidad que en el continente presenta Cuba no tenía parangón. No nos equivoquemos. Este hecho también pesa.

El tercero dice relación a la cooperación externa para hacer inclusive Reforma Agraria. Hasta la fecha, el grueso de la cooperación internacional que recibe Chile y que todos los países en vías de des-

arrollo requieren para acelerar el proceso, proviene de Estados Unidos y de Europa Occidental. Un porcentaje muy ínfimo nos llega de sectores detrás de la Cortina de Hierro. Todos los antecedentes de que disponemos son que Unión Soviética siente como fardo muy pesado su ayuda a Cuba. Tenemos la sensación de que después de Yalta el mundo, querámoslo admitir o no, en cierta medida lo han sectorizado. Estados Unidos, como don Poncio Pilatos se lava las manos en el asunto de Checoslovaquia, y la Unión Soviética hizo otro tanto en Santo Domingo. ¿Qué ventaja existe en pronunciarse por un cambio de rumbo en demanda de ayuda cuando tenemos mucho que perder y poco que ganar? A menos que queramos, como los comunistas, embarcarnos en una política de bloques y tomar asiento en el que proviene de Moscú. A mí esto no me interesa. No creo que de allí sacaremos ayuda para estructurar un cambio en libertad.

Por todas estas razones, no veo ventaja alguna en promover una alianza con comunistas para hacer gobierno.

Por otra parte, si necesitamos socios o no lo dirán las elecciones parlamentarias. La pregunta tendremos que hacérsola después. Mientras tanto, salvo nuestra unidad con el PADENA, no veo que durante la campaña que se avecina tengamos conversación de ningún tipo con los otros grupos. Los comunistas, los radicales, los socialistas, los nacionales, se esmerarán por sacarnos lo que no tenemos. ¿Vamos a responder con serpentinas o tendremos que mandarles recuerdos para sus respectivas mamás?... Estamos contra todos ellos porque las cosas se dan así. Pues arremetamos. Las alianzas que se gesten no tendrán jamás por fundamento simpatías que nacen de la amabilidad del trato. Cada cual seguirá el camino que le conviene y que las circunstancias aconsejen. Si nuestro caminar ha sido solitario, que no nos flaquee las piernas antes de empezar la batalla.

La violencia.

Quisiera agregarles algunas reflexiones o palabras en torno del problema de la violencia, que parece ser un tema que preocupa a varios sectores.

La violencia es tan vieja como el hombre. Esto no es nuevo. Lo novedoso es que los hombres, en estos últimos cien años, se han puesto a pensar acerca de ella. Nietzsche, cuya influencia en el naciismo del presente siglo es evidente, vio en ella un gran estimulante de la vida histórica; Marx la visualizó como "la partera de la historia", dado que ella hace posible el nacimiento de un mundo nuevo; Sorel, el gran filósofo del fascismo, encontró en ella una gimnasia callejera que hace posible la restauración de la juventud social; Tolstoi y Gandhi la anatemizaron como la gran causante de todos los males.

No es mi afán entrar al fondo del tema para hacer aquí disquisiciones filosóficas en torno del problema. Mi propósito es hacerles presente que, por lo general, ha sido preconizada como herramienta para llegar al poder, o para mantenerse en él.

Marx creyó que "la lucha de clases conduce a la dictadura del proletariado y que esta dictadura en sí no constituye más que la transición a la abolición de todas las clases y a una sociedad sin clases". La violencia que ejerce la dictadura del proletariado, sin embargo, ha demostrado en estos cincuenta años posteriores a la revolución del año 1917 que no tiende a desaparecer, que no escapa a la mecánica de la dictadura a secas. Todo el que tiene poder omnímodo tiende a acrecentarlo y no a desprenderse de él. Aun el que gobierna en nombre de una clase termina por no querer que lo bajen del pingo, y los nuevos grupos de burócratas terminan por constituir una nueva clase que quiere mantenerse a toda costa. Es más fácil que la dictadura devenga en despotismo a que se extinga por propia voluntad.

Si la Oposición desea seguir la ruta de

la violencia para tomar el poder, podríamos caer en la tentación de seguir la misma ruta para mantenernos en él; porque donde las dan las toman, y callar es bueno. Sin embargo, no soy partidario de este camino. Un autor expresa que “una revolución sólo se cumple y sobrevive cuando en su interior se despliega la dialéctica entre la libertad y la autoridad, entre la voluntad que determina y el pensamiento libre que enjuicia y corrije a aquélla. La revolución permanece viva cuando estos dos términos están despiertos y ninguno de los dos ha sido sacrificado. Si se afirma solamente el componente de la autoridad, ella muere en manos del terror y del despotismo que paraliza todo movimiento histórico. Si se deja subsistir sólo el componente de la libertad, aquélla sucumbe en el caos, la anarquía, la lucha de las facciones y el desorden multitudinario: en este punto, la revolución se halla a un paso de la tiranía y de la restauración contrarrevolucionaria”.

En esto creo. En la necesidad de defender nuestra revolución inclusive de nosotros mismos. Libertad para la crítica que nos mantenga despiertos frente a nuestros propios errores, pero de ahí a aceptar el caos, el desorden justificado por “quítame allá estas pajas”, no, mil veces no. Libertad, pero con autoridad. Es cierto que hay injusticias. La hay, muchas nacieron antes que nosotros a la vida política, no pueden ser borradas de una plumada. Otras es posible surjan de nuestros propios errores, ya que humanos somos. Pero no creo que sea el sistema permitir que se parapeten tras las injusticias, que en su gran mayoría se les está buscando solución, los “caza poderes”, que no teniendo fe en la voluntad del pueblo, porque se saben sin popularidad entre la masa, aspiran a la revuelta, al conflicto, porque a río revuelto ganancia de pescadores.

Somos el Gobierno, no vamos a hacernos un autogolpe. La violencia que se provoca desencadena violencia. Hay que estar con los pobres, hay que servir a los po-

bres; pero hay que hacerlo con autoridad para impedir que otros se valgan de ellos como pretexto para sus fines inconfesados. Libertad con autoridad firme es lo único que hará posible ahondar la revolución en libertad. Lo demás es caer en una sensiblería que puede llevarnos al caos, barrernos del poder y dar paso a los movimientos contrarrevolucionarios.

La tarea que se avecina.

Si soy reelecto Senador, mi período irá más allá de 1970. Ustedes saben que he apoyado a este Gobierno que contribuimos a elegir, cuyo programa contó con nuestra aprobación y le hemos dado respaldo. Si en 1970 el Partido sigue siendo gobierno como espero, continuaremos apoyando su acción dentro de la lógica de nuestro planteamiento. El programa para el próximo sexenio no ha sido elaborado todavía y será el fruto del próximo Congreso del Partido. No obstante, creo conveniente que ustedes conozcan algunos de mis puntos de vista frente a tareas bien concretas, sin que esto pretenda ser un programa elaborado.

a) *La participación.*

La estructuración de una sociedad comunitaria que guíe y sea guiada por el pueblo exige aumentar la participación del mismo en los distintos niveles en donde se toman decisiones. La ley de Juntas de Vecinos ha creado las condiciones para que haya conversación y aporte creador al nivel comunal, de los grupos humanos que reclaman adelanto en el sector poblacional como en el rural. El sistema tiene que entrar en marcha, y veremos, entonces, el nacimiento de una dinámica a las que no estamos acostumbrados. Porque todo el que tiene algún poder exige, y si actúa con sentido de responsabilidad, como estoy seguro, da. Muchas de las tareas serán emprendidas con la ayuda de todos y la co-

laboración de la Municipalidad y del Estado.

Cuando este sistema al nivel comunal rinda sus frutos, lo que está también en nuestras manos acelerar, podremos dar trancos mayores para estructurar la participación a niveles regionales y nacionales.

Tenemos que dar poder de decisión al pueblo para dirimir las contiendas que se presenten entre el Ejecutivo y el Legislativo. El referéndum o consulta directa a la Nación sobre determinada materia debe ser consagrado en nuestra Constitución, y la facultad de disolver el Congreso Nacional en cada período presidencial, por una vez, la encuentro conveniente. El pueblo sabrá si dará o no apoyo al Mandatario. Hay que crear un sistema para salir de embotellamientos institucionales que, desgraciadamente, se presentan con frecuencia en todos los regímenes democráticos del mundo.

La participación en comunidades de trabajo, vale decir, empresas, nos dará base para un acápite especial.

b) *La empresa.*

La empresa es una comunidad en que unos ponen trabajo, otros, el capital, y otros la organización o, como ahora se dice, el "management".

En Chile, las empresas existen de hecho, pues no tienen estatuto jurídico. Legalmente, tienen consagración las sociedades que nacen a consecuencia de los aportes de capitales o trabajo con la intención de constituir las: la sociedad anónima, la sociedad colectiva, la de responsabilidad limitada, la en comandita, la cooperativa. Este estatuto regula las relaciones entre los socios, pero la empresa que puede ser individual no tiene expresión legal.

La empresa no la hacen solamente los que ponen el dinero ni los que la organizan. El trabajo no es una mercancía que se compra y paga. El trabajo también es creador, y en la comunidad empresarial, crea valores que muchas veces no lo bene-

fician en la proporción debida. La empresa, por tanto, tendrán que consultar esta realidad vital y tener su propio estatuto que establezca los derechos que a cada uno corresponde en ella.

Los demócratacristianos aceptamos tres tipos de empresas: la empresa estatal, la empresa privada y la empresa comunitaria.

La empresa estatal nace de la importancia que ésta tiene para el destino de la Nación toda, o porque los particulares carecen de los recursos o iniciativas necesarios para crearla y ésta es fundamental para el desarrollo del país. Frente a este tipo de empresa, creo conveniente que participen en sus directorios representación de los trabajadores; pero, en todo caso, en mi concepto, la administración debe estar asegurada que quede en manos del Estado. Por ejemplo, la industria del petróleo es básica para toda la política de energía de la Nación. Debe ser controlada por el Estado. Si la propiedad o la administración de la misma pasara en forma mayoritaria a los trabajadores, ¿quién nos aseguraría que la comunidad laboral que ejerciera el control estaría en la misma línea de la política de inversión, de realizaciones y demás que exige la comunidad toda? Si pertenece al Estado, es porque su gravitación en la vida económica de Chile es de gran importancia y hay que asegurar que se mantenga su conducción en las líneas matrices que impone el Estado. Esto no excluye la participación de los trabajadores en el directorio de la misma, ni a que puedan existir Consejos de Empresa en su interior que aborden en forma paritaria la solución de los problemas que en ella se presenten.

La empresa privada, en Chile, no será abolida por el régimen demócratacristiano. Nunca hemos pretendido substituir al empresario por el funcionario. Lo demás es un estatismo contrario a nuestro concepto de las cosas. El empresario con iniciativa, trabajo y dedicación es un elemento positivo en la vida de la Nación, si comprende, naturalmente, que su función no es

solamente hacer beneficios para sí, sino también hacer participar debidamente del resultado de la producción a todos los que colaboran en la empresa.

La co-gestión en la administración de este tipo de empresas está teniendo una aplicación real en Alemania. No conozco en detalle la experiencia yugoslava, que camina más hacia la auto-gestión. En el campo del carbón y del acero, en la República Federal, los directorios de esas empresas se integran de la siguiente manera. Si hay que elegir un directorio de once personas en una sociedad anónima, la elección se realiza del siguiente modo: cinco los elige la junta de accionistas que representa a los dueños de capital, y los otros cinco provienen del sector de los trabajadores, de los cuales dos son nombrados por los sindicatos nacionales (no hay sindicatos por empresas), dos son elegidos por los trabajadores de la misma empresa, y, entre los cuatro, eligen a un quinto representante del sector trabajo, de su confianza. En seguida, los cinco representantes del sector capital y los cinco del sector trabajo, nombran a un onceavo que termina siendo un árbitro en caso de discordia.

Por debajo del directorio se encuentran los gerentes: el técnico, el comercial y el del trabajo. Se eligen por cinco años y pueden ser revocados. El gerente del trabajo debe contar con la confianza de los directores que provienen del sector laboral. Además, en cada empresa existe el Comité de Empresa, que tiene por finalidad resolver los problemas diarios que se presentan; estudian los despidos, que no pueden ser injustificados, resolución contra la cual se puede reclamar ante el juzgado del trabajo, etc.

Este sistema de participación de los trabajadores en el manejo de las empresas ha producido buenos resultados hasta el presente. Después de la Segunda Guerra Mundial, no han existido huelgas en estas compañías, y, pese a los duros trances que han debido sobrellevar como consecuen-

cia del agotamiento de las minas o la disminución de consumo del carbón, que es un síntoma mundial, han salido adelante, manteniendo los trabajadores ingresos adecuados de los que, al parecer, están satisfechos.

En el resto de las grandes empresas alemanas, vale decir, aquellas que tienen más de cien trabajadores, si la memoria no me es infiel, el directorio de la empresa lo integran, en dos terceras partes, los representantes del sector capital, y, en una tercera parte, los del sector del trabajo. La discusión que existe actualmente sobre el tapete planteada es si se extiende o no a todas las empresas el sistema reinante en el carbón y el acero. La tendencia es hacia la ampliación de la co-gestión, aunque se aduce que la influencia de los sindicatos sería excesiva; pero, como me informaban Diputados demócratacristianos de ese país, la argumentación no es válida, dado que la banca alemana, por el volumen de acciones que controla, también ejerce una influencia muy marcada que los impugnadores de la presencia sindical parecen desconocer.

En Francia, después de los acontecimientos de mayo último, a juzgar por las declaraciones del Presidente De Gaulle, se caminará por un sendero semejante.

En Chile creo que tendremos que abordar en un estilo parecido el estatuto de las empresas, pero no se me escapa que a nosotros se nos presentan dos problemas que allá no existen: una organización sindical actual por empresa que estimo muy débil y que otorga poca asesoría a los trabajadores, como veremos más adelante; y además el hecho de que en nuestro campo sindical predominan corrientes ideológicas entre los dirigentes, que tienden, no al fortalecimiento de la empresa privada en un régimen de comunidad, sino más bien a su desaparición para sustituirla por la empresa estatal, lo que puede ser un obstáculo que debe ponderarse. Coparticipación, cogestión significa corresponsabilidad.

La empresa comunitaria es aquella en que los dueños de la misma son los que aportan el trabajo. En Chile las hemos creado fundamentalmente en el campo agrícola, y creo que a la larga los resultados se evidenciarán como satisfactorios. En el campo industrial he oído decir que algunos preconizan una suerte de asentamiento industrial en base a industrias existentes. No soy partidario de ello por las razones que expondré, pero quiero hacer presente que ello no es obstáculo para que las intentemos, creando algunas nuevas y otorgándoles toda la ayuda y respaldo que sea menester. Es posible canalizar grandes recursos crediticios con este propósito, pero hay que hacer las experiencias concretas. Es mucho lo que está en juego para que resolvamos meramente porque nos "tinca" que es más justo y conveniente algo que es tan decisivo para la nación toda.

La empresa es básica en el sistema productor y éste es fundamental para el bienestar de la nación. Sería por demás absurdo emprender una reforma ligeramente estudiada que pudiera significar baja de producción y por consecuencia cesantía o alza de costos que nos hicieran imposible competir en el mercado latinoamericano que se avecina. No podemos prescindir de la experiencia de mucha gente que un cambio violento pudiera hacer emigrar, si no tenemos simultáneamente elementos de reemplazo. Esta es una de las reformas de mayor trascendencia que se debe abordar con la mayor responsabilidad. Mucho más difícil que en el caso de la reforma agraria. Allá nos hemos hecho cargo fundamentalmente de la tierra abandonada, la no trabajada por estar abandonada, o en producción a medias. Es relativamente fácil superar los "records" de este sector agrícola que resistió el avance de la técnica. En el campo se da el caso de que el empresario agrícola si no se adapta al avance de la técnica puede seguir viviendo; en forma, claro está, más miserable, pero en último término puede llevar una

vida de subsistencia; tiene casa, algunos alimentos y gastará poco en vestir. En la industria esto no pasa. El que no camina con la técnica y le aparece un competidor que baja costos, queda fuera del mercado, y como no puede comerse los zapatos, el paño, el vidrio, etcétera, que produce, va a la quiebra.

Si queremos estimular la empresa comunitaria en el sector industrial, minero y demás, creo que será substancialmente a base de nuevas actividades, que tendrán que probar su eficiencia. En esto tiene mucho que decir el Servicio de Cooperación Técnica.

c) *Sindicato.*

El Sindicato Industrial por empresa creo que es fatal. Para empezar, estimo que la multiplicación de sindicatos dentro de cada empresa crea una serie de problemas para la administración de las mismas sin grandes ventajas para los propios trabajadores.

Soy partidario de suprimir las diferencias existentes entre obreros y empleados para llegar al común denominador de trabajadores. En este carácter estimo que deben asociarse todos los que trabajan y no presenciar el caso que primero hay que entenderse con los obreros, luego con los empleados, y si alguno de estos sectores para, la industria se detiene. Esto acarrea perjuicios para la economía toda de la nación y para los propios integrantes de la empresa. Cuando se dejan de producir zapatos, por ejemplo, no sólo se daña el dueño de la empresa, a los trabajadores que no perciben remuneraciones por el tiempo que están de para, sino también la comunidad toda, que ve disminuida su oferta de zapatos, el comercio que experimenta en carne propia la reducción de sus ventas, y otras actividades industriales, que ven restringida la demanda de sus producciones y, por ende, otros trabajadores que ven cercenada la oferta de empleo.

El sindicato por empresa tiene en su contra que percibe poco asesoramiento técnico. En efecto, comunidades de escaso número de trabajadores — pensemos en un sindicato de cien a mil personas — no tienen posibilidad de contratar técnicos de su absoluta confianza que les informen adecuadamente de las condiciones de la empresa en que trabajan, y aún de las condiciones generales de la economía del país. No es lo mismo pedir cuando hay situaciones de bonanza en la empresa que cuando se están de baja o hay que temer un fenómeno que haga que se contraiga la demanda. ¿De qué le puede servir al trabajador que le suban el sueldo o el salario si por las condiciones imperantes se puede correr el riesgo del cierre? ¿O por qué en otras ocasiones no se pide más cuando se puede más? ¿Por qué el tornero que trabaja en una empresa grande recibe mayor remuneración que otro que no tiene un respaldo sindical adecuado, y que a lo mejor acredita mayor productividad que el primero?

En Europa, los sindicatos que he visto son nacionales por rama de producción. En Alemania Federal creo que son 16 los grandes sindicatos, pero éstos agrupan prácticamente a veinte millones de trabajadores. En Estados Unidos los sindicatos de la industria automotriz comprenden todas las empresas productoras de automóviles de Estados Unidos y Canadá, de tal modo que se discute el pliego de todos en forma simultánea. Los trabajadores con pequeñas cotizaciones pueden crear grandes fondos y así es posible ver en las federaciones sindicales que cuentan con edificios más grandes que en el que funcionan los Ministerios de Hacienda, Economía y Minería en nuestro país, con más de mil funcionarios que trabajan para ellos, con profesionales de su confianza, cuyos consejos pueden seguir o no, entre los cuales se cuentan economistas, abogados, sociólogos, psicólogos, contadores y demás, que están en condiciones de aportarles asesoría por demás completa. Mientras tanto aquí el

dirigente sindical está sólo en la gran mayoría de los casos, le “tinca” que le pueden estar faltando a la verdad al otro de la mesa, ignora la situación real de su empresa, y tiene que tomar la determinación de lanzar a sus compañeros al conflicto muchas veces por apreciaciones subjetivas.

Hay que ayudar a que los trabajadores se puedan defender mejor, con asesoría de ellos, propia, no del Gobierno que esté de turno. La tienen que costear ellos y si se unen con pequeñas cotizaciones lo pueden lograr.

d) *Remuneración mínima.*

Soy partidario de que se dé un paso decisivo para hacer desaparecer la diferencia entre salario mínimo y sueldo vital. En la medida en que se sigan reajustando por parejo en un mismo porcentaje se irán distanciando ambos mínimos. Por ejemplo: si el salario mínimo es E^o 180 y el sueldo vital E^o 360, creo que en Concepción fluctúa alrededor de estas cifras el problema, y reajustamos en un 20% ambos mínimos, el resultado es el siguiente: salario mínimo E^o 216; sueldo vital E^o 432. Antes la diferencia entre uno y otro era de E^o 180, ahora lo es de E^o 216.

La gran mayoría de los obreros en empresas industriales de más de cien hombres ganan remuneraciones muy próximas al sueldo vital; en el campo en muchos sectores se están acercando. No creo que el trastorno sería tan grave si se aprobara el sueldo vital como base, permitiendo según la zona agrícola o de los terrenos de que se trate, permitiendo, digo, que se entere en regalía una mayor parte del sueldo vital. No es lo mismo ser obrero de la zona agrícola en torno a San Carlos hacia la Cordillera, que serlo por ejemplo en Itata. Son productividades muy diversas y si equiparamos provocaremos cesantía evidente.

También la mano de obra no calificada tendría que tener un tratamiento diverso, pero creo que le conviene al país, a los

trabajadores y a nuestro afán por la justicia, hacer coincidir ambos mínimos, lo que por otra parte sería básico para eliminar la distinción entre empleados y obreros.

e) *Reforma agraria.*

Siempre he sido partidario de este proceso. Me tocó defender sus fundamentos y las bases que informan la actual ley de Reforma Agraria en el año 1963, cuando el Gobierno anterior envió su proyecto de colonización avanzada y que tituló de reforma agraria.

He creído siempre que la reforma agraria es un proceso de transición que debe ser acelerado para fijar en forma definitiva las reglas del juego en el sector agrícola, con el objeto de que los que en él laboran sepan a qué atenerse, sin vivir en la incertidumbre que los invita a no aumentar la inversión. Con un proceso acelerado se disminuye también la tensión, pues se sale antes, a tiempo, a la demanda de tierra de muchos trabajadores.

Las críticas que se escuchan en la campaña electoral en orden a que estaríamos colectivizando la tierra porque no entregamos títulos de propiedad individual no pasa de ser una monserga. Los asentamientos por ley deben durar a lo menos tres años. La ley se dictó en 1967. Este período es necesario para saber también quiénes "no se la pueden", lo que indican sus propios compañeros. Es posible que permanezcan tierras que sean explotadas en forma cooperativa. Pero esto no extraña atentado alguno contra la propiedad privada. Recientemente en Francia leía, en un suelto de prensa, que grupos de pequeños propietarios agrícolas ponían en común sus tierras para explotarlas en conjunto. Y allá nadie llamaba a rebato esta determinación.

f) *Imperialismo.*

La prensa de todos los días, particularmente "El Siglo", nos habla del antimpe-

rialismo. Bueno es saber en qué consiste.

Para Lenin, el imperialismo era la suprema expresión del capitalismo, y se producía por el hecho de que los países altamente capitalizados hacían inversiones a través de particulares principalmente, en otros Estados y como consecuencia de ello influían en la vida política y económica de la nación más débil. No todas las inversiones extranjeras tuvieron de parte de Lenin este calificativo. He leído citas de este estadista en que señala que los préstamos a largo plazo para desarrollar la economía de un país no tienen este carácter. Además, él aceptó las concesiones que fueron creadas después de la Revolución y que existieron en la Unión Soviética hasta la década del 30, en virtud de las cuales se autorizaba a inversionistas extranjeros a tomar en concesión determinadas actividades económicas soviéticas que debían retornar al término de la explotación y aseguraban a los concesionarios por convenio con el Estado soviético, respeto a los capitales invertidos y a sus utilidades, retorno de los mismos, no gravar con más impuestos las referidas industrias que los establecidos a la época de la concesión, no dejar sin efecto unilateralmente el convenio y, lo que es más, se comprometían y garantizaban la no expropiabilidad de estos recursos invertidos en su país, cosa a la que jamás hemos llegado en Chile. Sobre el particular, me permití leer en el Senado de la República un librito enviado por la Embajada soviética en nuestro país, el año pasado, a la Biblioteca del Congreso.

Dicho sea de paso, en 1967, Yugoslavia ha aceptado las inversiones extranjeras en su país y ha dictado un estatuto que las protege.

Con el criterio expuesto, la Unión Soviética no sería imperialista, porque no hace inversiones extranjeras de su propiedad en otros países y, a lo más, entrega cooperación económica, sujeta por lo general a la cláusula oro para resguardarse de la inflación.

Sin embargo, el imperialismo, en mi sen-

tir —y estoy bien acompañado por historiadores y tratadistas—, es un concepto más amplio. Para mí, es imperialista toda acción indebida que un país ejerce sobre otro, ya sea política, económica o militar, en contravención a su voluntad soberana. La presencia de los Estados Unidos en Vietnam es calificada por el mundo comunista como imperialista, y lo creo así porque no tengo noticias de que estén allí para defender inversiones de sus nacionales en ese país.

Yo creo que el mundo entero no comprometido con Moscú, califica la invasión de Checoslovaquia por parte de la Unión Soviética y de sus satélites, como una acción imperialista. ¿Qué otro calificativo podría merecernos su acción en Hungría? ¿Qué denominación merece que se haya tragado a Letonia, Estonia y Lituania; que se haya comido territorios fineses y polacos; que haya ocupado transitoriamente Arzeibaijan, Puerto Dairén, el Sakalin, etcétera?

Pero también ejerce un imperialismo económico contra el cual han protestado en forma más airada Checoslovaquia y Rumania. En virtud de tratados obligatorios con países que están ocupados aún militarmente —como Alemania del Este y Polonia—, se les obliga a vender parte de su producción a la Unión Soviética y a adquirir de ésta bienes por igual suma, que por lo general son materias primas. Termina sucediendo a la postre que las mercaderías que se venden a los soviéticos están por debajo de los precios que podrían recibir en el mercado mundial, si pudieran ser colocadas libremente, y que pagan por las materias primas precios más altos que en el caso de la oferta mundial. A los “checos” se les han acumulado sumas enormes de rublos que no han podido invertir y se han sentido en determinada medida expoliados, aun cuando hayan intentado a través de operaciones triangulares, cuando la Unión Soviética ha comprado trigo en Occidente, salir de ellos.

Está claro para mí que la Unión Soviética es un país imperialista y que merece este calificativo con tanta o más intensidad que los Estados Unidos.

Los chinos han acusado a los soviéticos de imperialistas, particularmente después de aquella hazaña, cuando tomaron la decisión, por no estar de acuerdo con la política de Mao, de retirar mil o más técnicos que trabajaban en la China Roja, sin previo aviso y de la noche a la mañana. Las consecuencias son evidentes.

Ahora bien: se nos suele invitar con insistencia a que actuemos en contra del imperialismo yanqui. Sano propósito el de tratar de tener una mayor independencia nacional. ¿Pero quién nos invita con insistencia? Los que están alineados en torno de una política de bloques que presupone su previa imperialización. Ellos nos quieren sacar de esta órbita para ponernos al servicio de la otra. De esto no hay duda. Ellos tienen resuelto previamente el problema de qué es lo que viene después. Ellos se ubican en otra dependencia. ¡Valiente regla del juego: nos invitan a independizarnos para luego no hacerlo! Esta gritería en torno del problema sin una solución viable podrá servir para concientizar frente al problema, pero no trae aparejada ninguna solución positiva.

Los Estados Unidos de América ayudan al desarrollo de nuestra nación. Esto queda de manifiesto si se tiene presente que 90% de la ayuda externa que recibimos proviene de ese país. Nos han otorgado créditos a cuarenta años plazo, sin amortización en los primeros diez años. Son créditos de estímulo que no podemos dejar de reconocer y agradecer. Después de la Primera Guerra Mundial no se han lanzado en campañas de conquistas, a la inversa de la Unión Soviética, que, a pesar de su inmenso territorio —actualmente, veintidós millones de kilómetros cuadrados; más que Europa, incluida Rusia y Estados Unidos, y más que América Latina desde México hasta el Cabo de Hornos—, siguió demostrando apetito voraz.

Es efectivo que la presencia masiva en América Latina de los Estados Unidos nos hace depender excesivamente de la nación del Norte, y es cierto también que la política internacional de Iberoamérica no está libre de la influencia norteamericana.

Pero no basta con comprobar el problema. ¿Cuál es el remedio? La solución del débil para lograr mayor independencia es luchar por tener una mayor potencia. Ha sido siempre así. El profesor de Derecho Internacional Charles Rousseau enseña que el mejor antídoto contra el imperialismo es el federalismo. Así lo fue en el caso del Canadá, pues, cuando Estados Unidos empezó a avanzar y se comió Tejas, Nueva Méjico y California, también empezaron a hacer cosquillas en el norte, y los canadienses se unieron, los de habla inglesa y francesa, de buena o de mala gana, para sortear el peligro común. Y que las ganas de la unión no eran muchas resalta del hecho común en nuestros días, cuando se escucha: “¡Viva Quebec libre!”.

Yo sé que más de alguien me dirá: “¿Pero tan largo me lo fiáis? Nosotros queremos actuar hoy; su receta es para largo”. Mi respuesta es clara. La otra alternativa es la que preconizaba el Che Guevara: hacer dos, tres o más Vietnam. Esto no va conmigo. Primero, porque si nos embarcamos en una aventura de este tipo, tenemos todas las de perder. El mundo está polarizado, y aun con la complicidad soviética, ésta será zona de influencia norteamericana, como Checoslovaquia resultó ser soviética. Segundo, porque al término de la lucha, si llegáramos a ganar, terminaríamos embarcados en el mundo soviético, cuyas ideas de la comunidad, del hombre, de la organización, no comparto, corriendo también el riesgo de tener por idioma oficial el ruso. Tercero, porque ello significaría la destrucción de lo poco que hemos logrado levantar en 150 años y la carne de cañón sería fundamentalmente el pueblo. Y cuarto, porque yo

—y al decir yo, digo cualquier persona— me puedo dar el lujo de aspirar a la inmortalidad histórica haciendo cualquier sacrificio que me consagre; pero no tengo el derecho de arrastrar a todo un pueblo en una aventura que puede ser sin retorno.

Por eso, con los pies en la tierra, pensemos que la independencia nace de la potencia que se tenga. Hagamos cuanto esté de nuestra parte por hacer más fuerte a nuestro país, lo que no significa aventuras de conquista, y tengamos presente que si el pueblo pide más independencia nacional, también pide paz, trabajo, educación, mayor ingreso, etcétera, todo lo cual no se consigue con las armas en las manos, por potentes que sean.

g) *Integración latinoamericana.*

La necesidad de integrar a América Latina política, social y económicamente nace no sólo como consecuencia de lo anteriormente expuesto.

Si aspiramos a otorgar al hombre común que vive en nuestro suelo con rapidez un mayor bienestar, tenemos que pensar fundamentalmente en el desarrollo industrial de nuestro país. Ello lleva implícita la idea de estimular el desarrollo agrícola, porque uno sin el otro serían trancos. Pero es en el desarrollo industrial en donde se produce el mayor valor agregado por trabajo humano equivalente. A partir de la crisis del año 1930, Chile empezó a crecer hacia dentro. La experiencia que sufrimos fue tan ruinoso, que en pleno Gobierno liberal se adoptó un criterio proteccionista, empezó a acentuarse la intervención del Estado en la economía y se inició nuestro desarrollo industrial con ritmo más firme. Lo cierto es que, como consecuencia de ello, hemos montado una industria de costos más elevados competitivamente que los que se presentan en el mercado internacional, por muchas razones, pero entre otra fundamental, porque la producción en serie para mercados mayores hace posible una

baja ostensible del costo por unidad. Hay industrias que estamos levantando, como la de la petroquímica o la automotriz, que si la proyectáramos sólo para nuestro mercado interno no se justificaría, por lo reducido del consumo nacional. Son, sin embargo, grandes fuentes generadoras de empleo y, por ende, de bienestar, y ello nos crea la necesidad de pensar en mercados más amplios, como lo son el del Area Subregional de la Zona Andina y el de la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio. La frontera aduanera de protección se extenderá a las naciones hermanas que acepten la integración. Nos defenderá de producciones provenientes de fuera del área, pero nos obligará en este nuevo tipo de crecimiento hacia dentro a ser competitivos con las que se lleven a cabo en el ámbito latinoamericano.

Lo cierto es que la ruta que estamos siguiendo es la que está emprendiendo Europa en el Mercado Común o en la Asociación Europea de Libre Comercio. Esta ruta está precedida con anterioridad por Estados continentes, como los Estados Unidos, Federación de cincuenta Estados, doscientos millones de habitantes, territorio de casi diez millones de kilómetros cuadrados, y la Unión Soviética, Federación de múltiples Estados difícil de describir, con doscientos cuarenta millones de habitantes y veintidós millones de kilómetros cuadrados. En este mundo de gigantes, si seguimos aferrados al concepto de soberanía decimonónica, estamos sin futuro.

El mundo vive la época en que la nación-estado, nacida en los Tiempos Modernos, ha hecho crisis. Las nuevas economías se organizan para mercados de más de trescientos millones de hombres y la nación-estado no está en condiciones de competir aisladamente. Por otra parte, la Defensa ya no se juega sólo en torno de la frontera militar, toda vez que todos los países han pasado a ser potencialmente enemigos de todos, pues lo que sucede en cualquier punto de la tierra puede afectarnos, por lejos

que sea su centro, porque cada conflicto lleva envuelta la posibilidad de una conflagración total.

Seguridad y bienestar son fines fundamentales que debe lograr el Estado. Dentor de moldes que no se adecúan a este propósito no es posible continuar actuando.

Algunos estiman encomiable pensar en la integración económica, pero descartan de plano la integración política. Yo creo que esto es un error, pues es fundamental contar con una autoridad política suficientemente fuerte, que sea capaz de cautelar los poderosos intereses que entran en juego en mercados mayores. Por otra parte no se concibe en el mundo moderno un desarrollo económico sin planificación. A la postre ¿quién decidirá los problemas de pleno empleo que pueden presentarse en el área, la forma de salir al encuentro de las depresiones que en cualquier sector se puedan presentar, el estímulo de determinadas producciones y el rechazo de otras en los diversos países, si no hay una autoridad central? Un Consejo de Ministros en términos de Confederación tiene un andar muy lento para los tiempos en que vivimos. Nos hemos pasado la vida desde la época de Bolívar hablando de la unidad de nuestros pueblos, de nuestro común idioma, lengua, raza e historia y cuando se trata de hacer realidad la tesis de los pueblos hermanos, resulta que nos miramos como extraños, como incapaces de emprender en común la ruta para hacer juntos historia.

El ideal de integrar a América Latina me apasiona. No le veo futuro a Chile aislado. La patria no son tan sólo las generaciones que nos precedieron y las que viven hoy. Son también las que están por llegar. Pensando en ellas hay que estructurar el mundo en que viviremos, capaz de generar bienestar y de dar posibilidades. Nuestra gente joven de talento emigra porque en casa no tiene posibilidades. Juntos estaríamos en condiciones de estimu-

lar la investigación original y de crear empleos que no invitaran a irse de nuestra América. Uniéndonos nada tenemos que perder y todo está por ganar. No hagamos lo del avestruz que esconde la cabeza en la arena. Miremos al mundo que nos rodea y enfrentémoslo con coraje. La tarea no es fácil. Impondrá sacrificios, no de soberanía aunque sí de orgullos nacionales. Pero es el precio de todo lo que vale. Nada nos es dado fácilmente. Aquí hay un problema vital que enfrentar con todos sus riesgos si queremos tener destino. Estamos en esta materia contra el muro. O tenemos el coraje de enfrentarla o a cortos años no tenemos futuro que nos pertenezca.

h) *El desarrollo regional.*

Este es un tema que de por sí da motivo para otra carta tanto o más larga que ésta. No es mi intención entrar a profundizar en esta materia. Pero no quiero dejar pasar la oportunidad de decir que soy eminentemente regionalista. En estos ocho años en que me ha tocado tarea dura en el Senado de la República, que he visitado América entera hablando de integración en sus Universidades y en los Parlamentos, siempre me dejé tiempo y mucho tiempo, para recorrer la extensa región que me confirió el alto honor de representarla: Ñuble, Concepción y Arauco. Tengo conciencia de haber luchado por ella y por ello vuelvo a la elección por esa misma zona.

No siempre es el caso de los Senadores que se vuelven a presentar por donde fueron elegidos previamente, pues por preocuparse de los problemas nacionales, amén de los propios, con frecuencia vuelven la espalda a la región y a su gente que les dio mando. En esta contienda se presenta, por ejemplo, Salvador Allende por la décima Agrupación Provincial. La primera vez que fue electo Senador, hace 24 años, lo fue por la novena agrupación; poste-

riormente, por la primera; ocho años después, por la cuarta, y ahora lo intenta en la décima. Luis Corvalán, se inició en la séptima; ahora eligió la cuarta. Ampuero partió en la primera; ahora se proyecta en la décima. Bulnes lo fue por la quinta; ahora lo intenta en la séptima. Es que la tarea regional es muy dura, exige mucha presencia y es difícil conjugar esta acción con la tarea nacional.

Yo me precio da haber servido a mi región y de haberla visitado con intensidad en su 38 comunas durante mi mandato. No soy un extraño en ellas y mi labor desde el Congreso ha tenido por antecedente y causa mi deseo formal de servirla.

Por eso, creo conveniente exponerles una idea. Soy partidario que los Diputados sean elegidos por circunscripciones departamentales, de tal modo que cada departamento tenga un representante propio. Sucede con mucha frecuencia que los Diputados acentúen su acción en los centros más poblados y descuiden los departamentos con menor población. Ello resulta por demás lógico. Todos somos humanos y en cualquier parte hay bastante trabajo. Departamentos como Yumbel, Yungay, Bulnes, para poner sólo algunos ejemplos, no tienen la presencia parlamentaria que lograrían si a lo menos contarán con un Diputado. No se trata de designar un mayor número de Diputados, sino solamente de distribuir por provincia en cada departamento la representación, indicando a lo menos uno por departamento y distribuyendo el resto de acuerdo con la población.

Así, por ejemplo, Concepción elige nueve diputados que bien podrían distribuirse: uno por Yumbel, dos por Tomé, dos por Coronel, dos por Talcahuano y dos por Concepción. Es un mero ejemplo que bien podría tener variantes.

En cuanto a los Senadores, la verdad es que ellos se eligen en forma por demás arbitraria. No se hace en función de la población: un Senador, para ser electo en

Santiago, requiere alrededor de ciento diez mil sufragios; en Tarapacá y Antofagasta, basta con doce o quince mil; y en la décima agrupación provincial, la cifra repartidora debe ser inferior.

No se los elige tampoco por zonas económico-geográficas. El Senador por la Octava Agrupación tiene provincias que se integran a la cuenca del Bío-Bío y otras a Valdivia. Los de la Séptima Agrupación nos ponemos la camiseta y resulta que a veces estamos con intereses encontrados con la Octava, que forma parte de la misma zona económico-geográfica. Claro que Chile es uno, pero la labor regional también es fundamental y se impulsa desde donde hay poder de decisión y este también existe en el Senado.

En mi concepto, o los Senadores se eligen por zonas económico-geográficas, o se eligen nacionalmente, o se sigue un sistema mixto: parte nacionalmente y parte por provincias. En todo caso, hay que buscar una salida distinta.

Despedida.

Camaradas: ésta ha sido una muy larga carta. Tal vez tuviera que repetir lo que otros han dicho: resultó larga porque no tuve tiempo de hacerla corta. No tiene mayores pretensiones y sólo intenta salir al encuentro de la inquietud que se

me representara. Si ella contribuye a que me conozcan mejor, se ha cumplido el propósito.

Pero no me intelectualicen solamente. Vean en mí a un hombre que quiere a su Partido, que tiene fe en el destino de Chile y en América Latina. Que ama su tierra, su mar, sus ríos y sus montañas, minas y florestas. Pero que por sobre todo aprecia los hombres y mujeres que aquí nacen y viven. A su juventud, en la medida que su inquietud es real y no fruto de irresponsable payaseo; a sus trabajadores; los de la mina, los del arado, los de la industria y el mar, que junto con trabajar para sí lo hacen para el engrandecimiento de Chile; a sus profesionales, intelectuales y empresarios que se empeñan en el progreso de su patria; a sus mujeres que tanto ejemplo dan de abnegación, amor y sacrificio. En fin, a toda esa comunidad chilena que es la nuestra, a los que nos apoyan y a los que nos combaten, pues nuestra acción jamás quedará circunscrita, frente a los intereses del país, a un mezquindad proselitista. A todos los saludo con afecto y emoción, como siempre, con abrazo recio del amigo y camarada.

Tomás Pablo.

Santiago, 3 de noviembre de 1968.

www.archivopatricioaylwin.cl